



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/estudios4461unse>

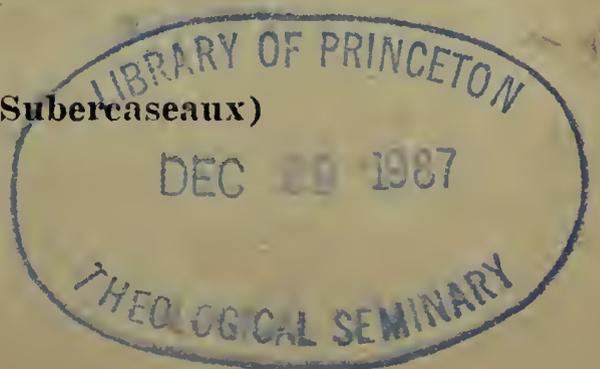
ESTUDIOS



AVILA

(Linóleo de Margarita Valdés Subercaseaux)

46



ESTUDIO

REVISTA MENSUAL

Secretario de Redacción: JAIME EYZAGUIRRE
CASILLA 13370 — SANTIAGO DE CHILE

AÑO IV

15 de SEPTIEMBRE de 1936

Núm. 46

Se reciben suscripciones en las Librerías:

Zamorano y Caperán

Compañía 1015

LIBRERIA CLARET

Avda. 10 de Julio 1140

(ENTRE SAN DIEGO Y GALVEZ)

Cultura Católica

Delicias 1626

Valor de SUSCRIPCIÓN Anual: en el país \$ 22. —

en el extranjero 1 dólar

Número atrasado \$ 2.50

En venta en las principales

Librerías de Santiago y Provincias

“NOTAS EDITORIALES”:

“En torno al P. Dabin”	2
“Primera Semana Católica de Estudios Médicos”	4
“SANGRE Y DOLOR DE ESPAÑA”, por Jaime Eyzaguirre	6
“EL CRISTO DE LA CIENCIA ALEMANA”, por Ricardo Cox	18
“RECUERDOS DE UN MAESTRO DE JUVENTUD”, por Clemente Pérez Pérez	30
“EL VERDADERO CONCEPTO DE JUSTICIA SOCIAL”, por Carlos Hamilton	40
“LA FORMACION INTELECTUAL SEGUN DEWEY”, por Alberto Hurtado	51
“EL FREUDISMO”, por Pablo Halflants	60

“HECHOS DEL EXTRANJERO”:

“La reforma del Banco de Francia y la Encíclica “Quadragesimo Anno”	65
“La lucha religiosa en Alemania”	67

“NOTAS BIBLIOGRAFICAS”:

“La vie de Jesús”, por Francois Mauriac	70
“La realidad y el deseo”, por Luis Cer- nuda	71

En torno al Padre Dabin

TRAS una gira por el Brasil y la República Argentina ha venido a visitarnos y a remover vigorosamente los espíritus el R. P. Paul Dabin, S. J., eminente intelectual y apóstol de la Acción Católica. Varias conferencias al clero, otras a los laicos, miembros de la misma Acción Católica, y una gira por otras ciudades del país han sido el fruto de sus actividades entre nosotros.

Pensador vigoroso, de honda y sólida cultura teológica; sacerdote de intensa vida interior, que irradia sobre sus palabras y aún sobre su rostro y sus gestos todos, ha expuesto con el ardor de un apóstol las posibilidades, que se le abren a la Acción Católica, de realizar el Mensaje evangélico, mensaje de paz y de espada a la vez, en su doble carácter de pacífico y militante. En sus discursos con frecuencia analizó admirablemente los factores con que la Iglesia se debe encontrar en su trabajo de apostolado, los poderes del mundo moderno: el dinero, la política, la inteligencia, las masas y la santidad. Con energía inquebrantable fué exponiendo cómo la Iglesia se había establecido no con la complicidad sino con la hostilidad declarada del dinero, de la política cesárea, de la inteligencia racionalista y pagana, apoyándose en las masas que conquistó con su santidad.

Hoy día la Iglesia ha perdido las masas. Hoy día la Iglesia se ha visto perjudicada en su labor apostólica por aquellos que, diciéndose católicos, bregan por mantener un "orden" (!!!) que significa en muchos de sus aspectos la opresión de los humildes. Estos pretendidos católicos le han significado a la Iglesia mayor perjuicio espiritual que las mismas persecuciones violentas, por cuanto las gentes humildes, en la incapacidad de estudiar y analizar los principios intrínsecos del Cristianismo y la Iglesia, que es su deposi-

taria fiel y celosa, ha juzgado a ambos según esos católicos que llevando a Jesucristo en los labios, no lo llevan en el corazón.

La labor que incumbe, pues, hoy día a los católicos, en especial a la Acción Católica, es desarrollar el reinado de las más puras esencias del Cristianismo, la gracia santificante con sus virtudes y dones. Nada de confiar sólo en medios humanos, — la fuerza, la astucia, las combinaciones electorales; — “et nos credimus caritati”: debemos creer en la caridad. Porque hoy día se ha llegado a tales extremos, que, más que nunca, “caritas Christi urget nos”, la caridad de Cristo nos apremia.

Pero, “ignoti nulla cupido”, nadie desea lo que no conoce. Esa campaña de apostolado para que venga el reinado de la caridad, supone un conocimiento no vulgar de los Evangelios, que los católicos, por desgracia, ignoran en su inmensa mayoría. Conocidos los Evangelios, conocidos no superficialmente, sino con un conocimiento amoroso; penetrados en su íntimo sentir, serían una fuente de luz vivísima más que suficiente para guiar la vida cristiana de los hombres, más que suficiente para procurar — así mismo — la comprensión fiel de las Encíclicas papales, prolongación, explanación y comentario de los Evangelios; separadas de éstos, pierden toda su inteligibilidad y sólo sirven de piedra de escándalo para los católicos ignorantes, indiferentes y empedernidos. Con el Evangelio en la inteligencia, la gracia y la caridad en el corazón; pueden los católicos marchar erguidos, pudiéndolo todo en Aquél que nos conforta, marchar nuevamente a la conquista del mundo.

Estas ideas que desarrolló con insuperable maestría en sus conferencias, pálidamente reflejados en estos comentarios, las completó el R. P. Dabin en conversaciones privadas con aplicaciones prácticas de sumo interés. Refiriéndose a su propia patria, la Bélgica, hizo notar que el Partido católico belga había procurado un gran bien y un gran mal a la religión: un gran bien al haber defendido incansablemente la libertad de enseñanza y con ella, la enseñanza religiosa; un gran mal, empero, al haber actuado más de una vez como obstáculo decidido a toda reforma social en el sentido que indicaban las encíclicas pontificias. De ahí que atrajo sobre la Iglesia los ataques que a ese mismo partido se le hacían por su falta de cristianismo práctico y de caridad para con los humildes.

Al respecto advierte el P. Dabin que ni la “J. O. C.” ha logrado destruir del todo la desconfianza que reina en los medios obreros en torno de la Iglesia, pues este organismo cuenta más adherentes en la clase media que en el proletariado.

Por eso insiste en la grave responsabilidad de aquellos católicos que con sus inconsecuencias han perdido al pueblo para la Iglesia.

Quiera Dios que el R. P. Dabin produzca en nuestra tierra frutos tan copiosos, como intenso es su espíritu de apostolado y profunda su virtud.

Primera Semana Católica de Estudios Médicos

EN la Semana del 28 de Setiembre al 4 de Octubre, se celebrará en Santiago la Primera Semana Católica de Estudios Médicos, preparada por los actuales y antiguos miembros de la Academia de Medicina de la A. N. E. C. para celebrar las bodas de plata de este organismo de A. C. que reúne a los Estudiantes de Medicina de las dos Universidades de Santiago, y como adhesión al II Congreso Internacional de Médicos Católicos celebrado en Viena en Junio del presente año.

El Directorio de la Academia ha invitado a todos los estudiantes de Medicina de Santiago y Concepción e internos de los Hospitales, e invitará también a todos los médicos que tengan interés por los estudios de esta Semana.

Serán relatores estudiantes y médicos ex-académicos y además, el Consorcio de Médicos Católicos de Valparaíso gentilmente ha permitido hacerse representar por los Drs. Wilson, Espic, Tomasello y Orriols, los mejores facultativos del Puerto. Se dividen los temas en 4 secciones: Problemas puramente científicos; Problemas universitarios y de Acción Católica profesional; Problemas médico-sociales y Problemas médico-morales, reduciendo el campo de éstos últimos a defender en nombre y con los argumentos de la ciencia verdadera los principios fundamentales de la ética familiar.

Entre los interesantes temas que relatarán médicos de incontestable preparación y prestigio se anuncian: "Socialización de la Medicina" por el Dr. Prof. Coglán; "Eugenesia", por el Dr. Prof. Barahona; "Interrupción del embarazo" por el Dr. A. Orriols; "Anticoncepcionales ante la Ciencia Médica" del Dr. E. Keymer Fresno, de la clínica del Prof. Monckeberg; "Patología de la vida moderna" del Dr. Prof. J. N. Barriga; "El médico y la Visitadora Social" por la Srta. Rebeca Lzquierdo, etc. En los temas científicos hay estudios verdaderamente profundos de especialistas como los Dres. Cruz Coke, Espíldora, Gómez y Luco.

El significado de esta Semana, preparada con entusias-

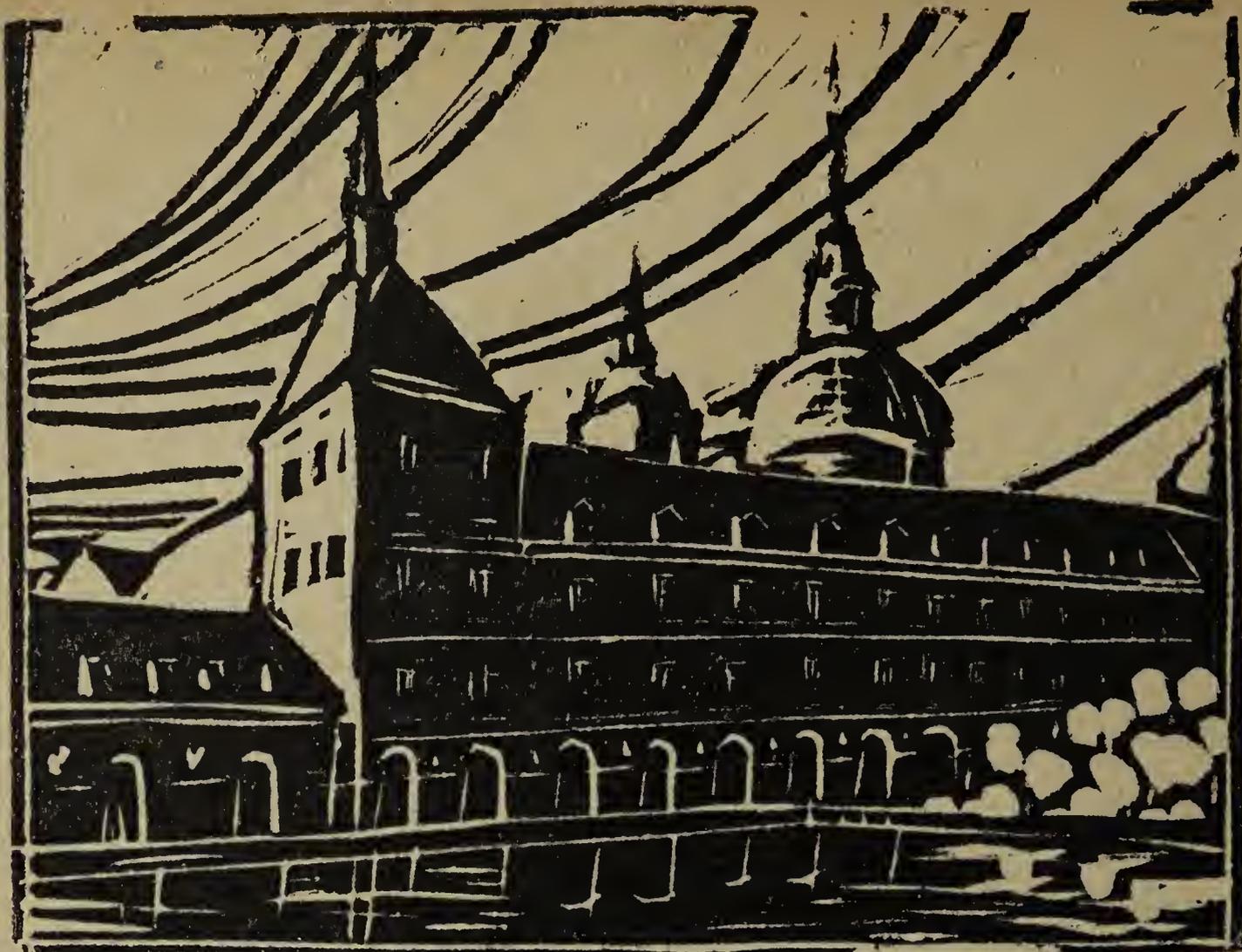
mo y estudio, es no sólo el de mostrar una vez más la armonía perfecta que existe entre la Ciencia y la Fe, sino también la unión de católicos de verdad que dentro del campo de su noble profesión, estudian los problemas de mayor actualidad a la luz de los progresos últimos de la ciencia junto con la luz infalible de la Moral Cristiana y estudian para ofrecer a sus enfermos, como médicos actuales o futuros, ciencia y justicia; el apoyo de su caridad y el tónico de una fe robusta y una esperanza que alivia y salva.

Se clausurará la Semana con un Retiro espiritual predicado en la mañana del Domingo 4 por el R. P. Restrepo, S. J., asesor eclesiástico del Consorcio de Médicos Católicos de Santiago y una Asamblea pública el Sábado 3, en que hablarán el Presidente de la Academia, señor Eduardo Díaz C., de 6.º año de Medicina, el Dr. Antonio Droguett del Fierro, ex-académico y el asesor de la Academia Pbro. D. Carlos Hamilton D. El Domingo 4, a la 1 en la Casa de San Francisco Javier se reunirán los académicos y ex-académicos en un almuerzo en honor de los Fundadores de la Academia y visitantes de fuera de Santiago. Es una esperanza para la Acción Católica y para el bien de la Sociedad, el esfuerzo de estos profesionales de Acción Católica en su 1.ª Semana de Estudios.

Hágase de una biblioteca selecta

La colección «VITA NUOVA» de la Editorial San Francisco, se iniciará en el mes de Septiembre con la publicación de «DEFENSA DE LA HISPANIDAD», de Ramiro de Maeztu. Suscríbase a esta colección, que publicará en papel pluma y rica pasta de tela las obras de mayor valor, actualidad y mérito

Envíe la suma de \$ 60 en giro postal a la orden del Director de la Editorial San Francisco, en Padre las Casas, (Temuco) y tendrá derecho a recibir en el curso de un año ocho obras.



EL ESCORIAL

(Linóleo de Vicente Philippi)

Sangre y Dolor de España

Metralla, incendio, cuerpos que se desploman y retuer-
cen. Oro en el cielo de verano. En la tierra, rojo de sangre.
En todo, la bandera de España.

¿Uno de tantos pronunciamientos militares? ¿Una de
tantas revoluciones sin sentido? ¿Acaso la ambición incontenida
de unos pocos que quieren imponerse sobre la mayoría
libre que resiste?

No. El instante de España dice algo más que todo eso.
Pero, es preciso advertirlo, quien no haya ahondado en el alma
española, quien no haya penetrado hasta en los abismos
de su complejidad maravillosa, no puede ser capaz de captar
todo lo que hay de doloroso y trágico en el momento histórico
de ese pueblo.

No se ama lo que no se conoce y para llegar a entender
el carácter ricamente matizado del español hay que echar por
la borda cientos de prejuicios acumulados en el subconciente
americano por la sostenida propaganda de más de un siglo.

Penetrar en el psiquis español, comunicarse el golpe de
su pulso, sentir, en suma, con España, es tarea que impone

ante todo desinterés, desapego, voluntad y algo también de corazón. Y a todo ello se invita al lector de estas páginas si quiere seguir en ellas un esbozo de peregrinación en que el amor, hermanado con el frío razonar, ha querido esparcir a manera de hitos en el camino, breves reflexiones que muevan a inquirir con más hondura en el alma de España.

* * *

De idealismo y de realismo se forja el complejo espíritu español. Idealismo que le impulsa a vivir y superar la leyenda homérica, a afirmar en los cuatro puntos del planeta la verdad católica y el sentido del honor. Realismo que pone el acento en lo cínico, lo prosaico y lo sensual. Son antítesis que viven una al lado de la otra, sin jamás compenetrarse y absorberse. Son elementos que al turnarse en la primacía del instante histórico no hacen desaparecer ni aniquilan al contrario.

Así, junto a los auto sacramentales, prolongación de los "misterios" del medioevo y exponentes del teatro cristiano más vigoroso que haya existido, aparece el ligero entremés saturado de realismo, gracia y color. Y ambas expresiones dramáticas son vividas y sentidas por el pueblo español porque constituyen la irradiación de las multiformes facetas de su personalidad.

No otra cosa que esta convivencia de tan poderosos contrastes puede anotarse en la pintura hispana. El Greco, que aunque extranjero supo asimilar la idiosincracia peninsular, es el más genuino exponente del idealismo, a la vez que el último sobreviviente de la era gótica. Su técnica, construída a base de resplandores sin graduación, de contrastes de color, la extrae él de las vidrieras de la vieja catedral toledana. Por sus telas de sabor medioeval desfila la nobleza castellana, adusta, grave, señorial, con su jubón negro y alba golilla. Nadie como él ha sabido expresar en el pincel ese anhelo supraterráneo del hidalgo de aquellos tiempos. El solo cuadro del entierro del conde de Orgaz bastaría como prueba de este aserto. Los personajes se hallan allí transfigurados; nada les atrae como aquella visión de la gloria celeste que se levanta ante sus ojos. Arrebatados por el éxtasis místico, las figuras se estilizan; lo corpóreo y material va eliminándose para dejar sólo paso al alma que enloquecida de amor se expande al encuentro del Hacedor.

"Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero",

podría estamparse con Teresa de Jesús al pie de esta tela que traduce tan maravillosamente lo que la doctora abulense y Juan de la Cruz vivieran y escribieran con su encendida pluma.



EL GRECO — El caballero de la mano al pecho
(Interpretación en linóleo de Jorge Velasco)

Si dentro de la pintura el Greco es la expresión acabada del idealismo, ha de buscarse la convivencia de este elemento con el realista en el pincel de Murillo. Sus "Inmaculadas",

claro está, que afirman en María su rango de Madre de Dios, pero no olvidan por ello su carácter de mujer, en el cual el artista se complace en colocar un marcado acento andaluz. Sus cuadros de costumbres y la admirable caracterización de los mendigos sevillanos, son potentes trozos de la vida real que sólo encuentran su equivalente en las páginas del Quijote.

Elegancia, distinción, señorío y un sello de ponderado y ecuánime realismo sabe transportar Velásquez a sus telas. Sin dejarse arrastrar por abstracciones ni subjetivismos, capta fielmente el natural y hasta cuando aborda temas mitológicos no deja por ello de imprimir en los dioses del Olimpo un marcado acento humano.

Y, en fin, la nota extrema del realismo puro e hiriente, corrosivo y despiadado, cínico y desnudo, como el Don Pablos de Quevedo, el pícaro Guzmán de Alfarache y la Celestina, la pone sin segundo el Goya de los "caprichos", de los picadores y majas, de la estúpida dinastía de Carlos IV.

Idealismo y realismo son los contrastes del alma de España que buscan también de perpetuarse separadamente en el monumento arquitectónico. Juan de Herrera inmortaliza en el Escorial, mezcla de monasterio y palacio, en clásico estilo, el ascetismo del reinado de Felipe II. Viene después la prepotencia del elemento realista que encuentra su adecuada expresión en el barroco, de genuina raigambre española, y domina por último en el siglo XVIII el churrigueresco, mueca de desesperación del carácter nacional descompuesto y decaído.

¿Y qué decir de la música española? Cuán admirablemente conviven también en ella los dos términos extremos del genio peninsular. Desde Victoria, que perpetúa las armonías gregorianas, hasta Manuel de Falla que atrapa con éxito la pasión moruna del albaicín granadino, pasando por el "Corpus Christi en Sevilla", de Albéniz, muestra acabada de la coexistencia de la pasión sensual y el arrobamiento místico, nada exhibe mejor que la música lo que ama y odia el corazón de ese pueblo de artistas. Sin detenerse por mucho tiempo en un tema, se lanza ella a otros imprevistos, haciendo gala de los contrastes y de la riqueza de matices extremos. Música humana como ninguna es esta que contiene las miserias y grandezas, las penas y alegrías, los nobles ideales y las bajas tendencias. Música de antítesis que tan bien sabe albergar el amor divino de Juan de la Cruz como dar cabida a la pasión libidinosa de Juan Tenorio.

* * *

La convivencia de estos factores extremos, idealismo y realismo, hacen del español un pueblo personalista.

Nada más opuesto al carácter español — hablamos del español no degenerado — que el individualismo que algunos observadores superficiales se han esmerado en atribuirle.

Principio de individuación es la materia. Principio de personalización, en cambio, es el espíritu. El hombre, en cuanto ser material, como el bruto, es un individuo; pero en cuanto ser racional, dotado de inteligencia y voluntad, es una persona. De ahí que en sus necesidades meramente temporales el individuo ha de estar sometido al Estado; mientras el Estado, por su parte, ha de servir a lo racional, atributo específico de la persona; y esta última, como encaminada a un fin trascendente, ha de ordenarse sólo a Dios.

Que el personalismo es la clave de toda la actividad española en los momentos culminantes de su historia, no es ya para dudarlo. El gran Calderón así lo comprendió, al sintetizar de esta manera en uno de sus dramas la filosofía política de su pueblo:

“Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios”.

Para el español la ley no es un producto de la voluntad arbitraria, sino un mero trasunto de la razón natural. De manera que la autoridad, si no quiere degenerar en intolerable tiranía y hacerse indigna, ha de tener en cuenta y respetar en cada uno de sus actos los derechos inalienables y trascendentes de la persona humana.

“El fazedor de las leyes, en el fazer de las leyes debe catar a Dios e a su alma”, anota en el siglo VII el Fuero juzgo, como corolario a la sentencia isidoriana que incluye en su preámbulo y que representa toda una sabia advertencia a los príncipes: “Rey serás si ficieres derecho e si non ficieres derecho non serás rey”.

“El facedor de las leyes debe amar a Dios e tenerle ante sus ojos, cuando las ficiere, porque sean derechas e cumplidas; e otrosí debe amar justicia e pro comunal de todos”, estampaba por su parte el código de las Siete Partidas en el siglo XIII.

Que la ley positiva para que tenga fuerza obligatoria deba contener un principio de derecho natural, que es como decir que guarde armonía con los dictados de Dios, es una tesis que no sólo cabe en la mente de filósofos y teólogos como Suárez, sino que trasciende a todo el pueblo. Lope de Vega, el mejor portavoz de este último, ha podido decir con razón al través de uno de los personajes de “La Fuerza Lastimera:

“Las leyes en el mundo recibidas,
Si son entre cristianos, no son justas,
cuando con las de Dios no se conforman”.

El arraigado sentido personalista del español no ha podido ser propicio al establecimiento de un Estado omnipotente y poderoso, y en cambio se ha inclinado a la constitución de organismos inferiores como los municipios y las cortes, donde el anhelo de libertad bien entendida del pueblo ha encontrado la adecuada forma de expandirse. No está demás advertir que las Cortes de León y Castilla, con la representación de los tres Estados datan de 1188 y 1250, mientras el Parlamento inglés y los Estados generales de Francia sólo inician sus funciones en 1297 y 1302 respectivamente. En cuanto a la importancia de los municipios en la salvaguardia de las libertades, basta sólo recordar que fué en los de América, mero trasplante de los peninsulares, donde se incubó el movimiento de emancipación.

El que la vida política española no se encuentre toda ella refugiada en el Estado explica el fenómeno paradójico, ya advertido por varios observadores, entre ellos Madariaga, “de que España, en su conjunto, representa un valor menor del que podría esperarse de la suma de los valores individuales de los españoles”.

Lógica resultante de ese mismo personalismo es el arraigado sentimiento de dignidad del español. Para él las clases no constituyen ya castas cerradas e inaccesibles, generadoras de humillantes despotismos. Los grupos sociales no se superponen para dominarse sino que conviven en un mismo plano de hermandad y colaboración. Si hay una dignidad del duque, también hay una dignidad del mendigo, porque las clases, más que una diferencia económica, encierran un profundo sentido ético, un modo distinto de apreciar la vida, un camino propicio para abordar la meta común.

Lejos está todo esto de envolver, sin embargo, una tendencia democrática. La democracia, de genuino origen francés, es la negación de lo jerárquico y como tal se esfuerza en nivelar a todos para abajo, que es lo mismo que decir, procura igualar en la inferioridad. El español, entre tanto no pretende destruir las diferencias de clases, sino que busca la manera de superarlas en un común deseo de elevación. Y si llega a abolir las categorías sociales, como lo hace en las Provincias vascas, lejos de implantar entonces la mezquina y deprimente uniformidad plebeya, exalta la igualdad de todos en la nobleza.

El personalismo despierta también en el español una fuerte conciencia de su poder. Ni los obstáculos ni los peligros le detienen ni le arredran en la prosecución de su ob-

jetivo. Es un dominador de la vida a quien no amedrentan los más duros reveses, y es también un sojuzgador de la muerte a cuyo encuentro corre para echarle a la cara su desprecio. ¿No es acaso este anhelo de superar lo imposible lo que mueve a Cortés a quemar sus naves, a Pizarro a persistir en su terquedad de la Isla del Gallo y a Palafox a repetir en Zaragoza el heroísmo de Numancia?

Este anhelo de afirmación de la personalidad hace del español todo un **hombre** en el más completo y noble sentido de la palabra. Nada hay para él, fuera de Dios, comparable con la elevada categoría y el poder del hombre. Todo el arte hispano converge en torno suyo. Si Albéniz dedica sus composiciones musicales a Navarra, Sevilla, Córdoba y Granada, no es que pretenda captar la naturaleza de esos lugares, que le tiene sin cuidado, sino tan sólo inquirir en el alma de sus habitantes, coger al hombre. Si, por otro lado Pinazo, Zubiurre y Romero de Torres, se detienen ante el huertano de Valencia, ante el marinero vasco o ante la gitanilla cordobesa, no será por cierto para coger en ellos el particularismo regional de trajes y ademanes, que subyuga a los turistas, sino para penetrar en la hondura psicológica del material humano. Porque para el pintor español la chula, el torero, la moza del cántaro, el fraile o el contrabandista, no son simples maniqués, portadores de arreos más o menos pintorescos o exóticos, sino seres vivos que ocultan bajo tan superficial investidura todo un cúmulo de encontradas pasiones y tendencias. De ahí que la naturaleza, el paisaje, poco o nada digan al artista español ante este tema único y avasallador que es el **hombre**.

● ● ●

La estratégica ubicación de la Península ibérica que, conforme al bello decir de la griega Alexandra Everts, es "proa de Europa, puente hacia el Africa, eco del Asia, etapa de América"; la variada y multiforme serie de naciones que la han invadido y que con su policromía étnica han logrado aportar ricos matices al carácter español; en fin, la idiosincracia personalista de este último, generadora de su elevado concepto de la dignidad humana, hacen de las raza española una raza síntesis y de cada uno de sus miembros un tipo universal.

Esta circunstancia debía capacitar como a ninguno al pueblo español para recibir y asimilar en toda su magnífica integridad el dogma católico. El año 589, cuando el rey Recaredo, con todo el Estado visigodo, abjura de la herejía arriana y abraza espontáneamente la verdad católica, la ma-

teria prima universalista del español encuentra su forma sustancial.

Desde entonces España comprende, por sobre todas las cosas, que su misión en la historia es ecuménica y que por sobre los estrechos límites del ideal nacionalista debe ella exaltar la primacía del universalismo cristiano. Si el español batalla ocho siglos contra la morisma, aplasta a los turcos en Lepanto y lleva sus huestes a las regiones de América y las Filipinas, no lo hace entonces impelido por un simple afán de guerrear, ni al impulso de una burda ambición imperialista. Lo que en estas empresas obra de cerebro, motor y brújula, es el deseo de mantener y acrecentar la cristiandad, de esparcir el Evangelio, de comunicar a los pueblos la buena nueva de que todos los hombres han sido creados a imagen y semejanza de Dios y han sido redimidos por la sangre de Cristo. Porque fué también España la que en 1546 por boca de Diego Láinez afirmó en el Concilio de Trento, contra la herética opinión luterana, de que a todos los hombres les ha sido dada la gracia necesaria para su salvación; como siglos atrás, en el Concilio de Nicea, por medio de su Obispo Osio de Córdoba, había condenado el error arriano y exaltado la pureza y universalismo del dogma católico. Y no hay que olvidar, por último, que preciosos frutos de tan arraigada convicción universalista y firme sentido de hermandad fueron también la legislación social de Indias y el derecho internacional, con que los reyes castellanos, Francisco de Vitoria y Domingo de Soto, supieron anticiparse a los problemas que para nuestra época anémica de ideales y de atrofiada fe resultan insolubles.

Por muchos siglos supo España poner en su política el acento vital de lo ético. Mientras los holandeses, para abrir a su comercio los puertos del Japón, convienen en pisotear ante sus naturales el crucifijo; mientras los ingleses asesinan a mansalva a los indígenas de la América del Norte para hacerse paso en su dominación; mientras la Francia de Francisco I se alía con el turco antes de hacerlo con Carlos V, que le propone la acción común contra el enemigo de la Cristianidad; y mientras la Francia de Richelieu alienta visiblemente la escisión religiosa en la tierra de Lutero para de esta manera aniquilar el poderío de la casa de Austria; la España de los Reyes católicos, de los Carlos y de los Felipes, manda al extremo oriente a Francisco Javier a anunciar la buena nueva, confunde su sangre con la de los indígenas de América y crea para su cultura colegios y universidades, envía a Alemania sus teólogos para orientar a los desviados en la fe y, a costa del porvenir de su economía y de su agricultura, expulsa del territorio, en nombre de la unidad religiosa, a

judíos y moriscos, siguiendo con ello la máxima del Evangelio de “que si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecar, sácale y arrójale fuera de ti, pues mejor te está el perder uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno”. (Mat. V, 29).

Por eso ha podido exclamar con razón Ramiro de Maeztu que “la Hispanidad no es en la historia sino el Imperio de la fe”.



Hay una escena en la vida del Caballero de la Triste Figura en la que va envuelto todo el sentido de la tragedia que de algunos siglos a la fecha arrastra consigo el pueblo español.

Trábase cierto día entre el hidalgo y su escudero fuerte disputa y al cabo el último, en el deseo de sacudir el yugo de su amo, da con éste, de una zancadilla, a lo largo del camino, pónese la rodilla derecha sobre el pecho y le sujeta fuertemente las manos, “de modo que ni le dejaba rodear ni alentar”. “¿Cómo, traidor, contra tu amo y señor natural te demandas?”, le dice entonces el maltrecho Don Quijote. Y Sancho, sin impacientarse, le responde, parodiando a Dugesclin: “No quito ni pongo rey, sino ayúdome a mí, que soy mi señor”.

Un día también el pueblo español, en fuerza de oír que se habla en el extranjero de su inferioridad y de ver a las demás naciones hacer mofa de sus principios, llega a dudar de sí mismo, a creer que toda la ruta de su historia ha sido errada y que está en su deber de rectificarla, imitando para ello servilmente los modelos transpirenaicos. Hasta allí España había dado la primacía a la inteligencia sobre la voluntad, sin aniquilar ésta última; al espíritu sobre la materia, sin desprenderse de la segunda; a Don Quijote sobre Sancho, sin eliminar al escudero. De esa manera había logrado forjar el carácter personalista que la hiciera apta para escribir la historia universal. Pero desde entonces los valores se trastocan, se invierte el orden natural de las cosas. Lo inferior se subleva contra lo superior, lo material se libera de la tutela de lo espiritual y trata de reducir este último elemento a la impotencia. Don Quijote cae vencido por Sancho y el reinado del individualismo estático y feroz sucede al imperio del personalismo dinámico y de hermandad.

El ideal católico, forma sustancial de la raza, deriva en una mera ritualidad externa y mecánica, vacía de verdadero contenido. Para la clase alta va él sirviendo de opio capaz de adormecer las justas peticiones del proletariado que

ya comienza a bullir amenazante. Para el pueblo sirve de mera válvula de escape de su incontenible espíritu supersticioso. Para otros, llega a constituir una adecuada forma de emprender carrera brillante, a la vez que bien retribuída. La deformación del elemento humano de la Iglesia, si bien deja incontaminado lo que dentro de ella hay de divino — su dogma y su moral — sofoca por entero la corriente de caridad que otrora vitalizara el catolicismo español y lo constituyera en el motor y centro de la vida nacional.

Y vienen en su reemplazo los ideales extranjeros. “Bajo la influencia extranjera y en particular francesa — anota Louis Bertrand, escritor distinguido a la vez que francés honrado—perdió el alma española su unidad moral y aun su unidad intelectual, que en el reino del arte y en el del pensamiento habían creado obras sin par. Ideas exóticas la combaten, ideas que serán el fermento de las próximas revoluciones, que conmoverán durante todo el siglo XIX y los tiempos actuales a la Península Ibérica”.

Desde el siglo XVIII no dice España al mundo una palabra nueva y duradera que no sea por boca de los continuadores de su tradición: un Menéndez Pelayo, un Balmes, un Donoso Cortés, un Vázquez de Mella, un González Quintero. Lo demás que elucubran sus escritores, al margen de la fuente madre y llevados de su servil imitación del modelo francés, bien podría desaparecer y destruirse sin que nadie lo echara de menos.

De la vida política se puede decir otro tanto. Saliéndose de sus moldes seculares, se emplaza ella por rutas extrañas. Será Felipe V quien iniciará con la dinastía borbónica la labor de aniquilar la autonomía regionalista, que trae sus raíces de la historia, para imponer en su reemplazo un centralismo artificial importado de Francia. Y serán las posteriores generaciones de mediocres las que rematarán la obra de arrasar por completo con las viejas instituciones autóctonas de inspiración personalista, para pretender imponer sobre sus ruinas otras de postiza manufactura francesa y marcado acento liberaloide.

Emancipado así el pueblo español de lo espiritual va cada vez descendiendo al más incontenible y grosero materialismo. Como el cuerpo débil capta fácilmente una y otra enfermedad, así la España anémica de espíritu, intoxicada primero de liberalismo francés, atrapa al fin el virus del marxismo ruso. Después de todo ¿no es esta la trayectoria fatal de la infección materialista?

El amor a Dios, del cual fluía la dación del hombre a sus semejantes, encuentra un sustituto en el culto desmedido del yo, que mira en el prójimo un rival, un enemigo. Lo inmediato, lo meramente humano y contingente es elevado a la altura de lo necesario y eterno. La misión del hombre sobre la tierra cesa de tener proyecciones trascendentes. Todo queda reducido al breve instante del vivir.

El Estado, que para el personalista tenía la misión de aunar las voluntades en torno a la prosecución del bien común temporal y facilitar a los hombres el cumplimiento de su último fin, no obedece a nada al desaparecer estos objetivos. Para el individualista, que ha reducido el horizonte de su vida a lo contingente, resulta el Estado un obstáculo en sus planes de expansión egoísta, como lo había sido antes la religión frente a su anhelo insatisfecho de libertinaje. Por eso el español degenerado es ante todo un enemigo de la disciplina y con ello un anti estatista mortal. Si el marxismo ruso logró exacerbar en él la lucha de clase y afirmarle en el culto a la materia, no pudo en cambio inculcarle su rígida estructuración política y económica. Después de todo un Estado de base soviética exige, si no disciplina, al menos servilismo y pasividad. Y lo que en realidad tiene cabida en la España descompuesta es el ansia de aniquilamiento de toda autoridad, divina y humana, y la implantación del más absoluto y desnudo anarquismo. De ahí que el español, moderno, bestia feroz que ha abjurado de Dios y de los hombres, sólo se sienta feliz en el caos.



Siglos ha que el mundo vive a espaldas de lo que ocurre en España. Pero he aquí que de improviso la Península transfórmase de nuevo en el punto céntrico de todas las miradas de la tierra. Como antaño, con árabes y turcos, vuelve hoy día a jugarse todo el porvenir de la civilización. Y ahí está la misión de la raza: aparecer en la historia en los instantes en que está de por medio la afirmación o negación de un principio fundamental. Destrozada está España en su interior; dividido su pueblo. Pero ello no importa. Del sepulcro del Cid brota un grito de cruzado, una orden imperiosa que mueve a la raza a salir de su letargo y a coger, como otrora, la espada y la cruz con faz iluminada.

Mientras muchas naciones yacen sin ánimos para repeler el mal o pactan cínicamente con el error, España es la única que a riesgo de aniquilarse por entero, se rebela contra la barbarie, desentierra el sagrado signo reden-

tor y sabe decir al mundo, que mientras quede uno de sus hijos en pie, no se abatirá sin lucha el espíritu cristiano de occidente.

Por eso, quien se detenga ante la entrega total que hoy hace España de sí misma en aras de la civilización, quien contemple la magnitud de su sacrificio reparador de los pecados de los hombres, ha de persuadirse que tras el instante de purificación llegará para ella un espléndido y vigoroso renacer.

Porque, pese a todo, sigue España siendo la misma.

J A I M E E Y Z A G U I R R E

**DEPARTAMENTO DE PROPAGANDA
DEL DIARIO "EL IMPARCIAL"**

Atiende al público en su oficina, Huérfanos 1250,
Teléfono 61563, de 9 a 12 1/2 y de 12 1/2 a 7 1/2.

Gustavo García Díaz

Agente general Exclusivo, Jefe Dpto. Propaganda.

El Cristo de la ciencia alemana ⁽¹⁾

En la sesión pública celebrada por el Centro de Estudios Religiosos en Agosto de 1935 tuve el honor de dar una conferencia que llevaba por título: "Entre racionalistas: la "Vida de Jesús" de Ernesto Renán y la ciencia alemana en 1863".

En la primera parte de esa conferencia demostré — o a lo menos creo haber demostrado — que esa "Vida de Jesús" no era un trabajo serio y original de investigación histórica realizado por un sabio, sino un ensayo literario hecho a la ligera por un hombre de letras de primer orden, pero imbuído desde su juventud en el **prejuicio cientista** de la época. En la segunda y tercera parte de la conferencia hice hablar sobre el libro de Renán a los más ilustres representantes de la exégesis bíblica racionalista alemana: a **Keim**, de Tubinga, que calificó el libro de "novela"; a **Colani**, que dijo que había que protestar enérgicamente contra él "en nombre de la ciencia, en nombre de la crítica, en nombre de la historia"; a **Ewald**, jefe de la escuela bíblica de Gotinga, quien atribuyó el libro, en parte, a bajeza de alma del Autor, pero en una parte más importante todavía, a su ignorancia de la historia de los pueblos de Ismael.

Quedó también establecido que los pasajes más bellos de la "Vida de Jesús" habían sido sustraídos, algunos en su texto literal, a la "Historia del Cristo" de Ewald, publicada en Alemania algunos años antes de la "Vida de Jesús" de Renán. Ewald era entonces, según la frase de su traductor francés, "el primero de los hebraizantes y orientalistas de la Europa".

Cité en aquella oportunidad algunos pasajes de la "Historia del Cristo" de Ewald, cuya belleza arrancó entusiastas aplausos a la concurrencia, entre la cual se encontraba el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile y brillantemente representado el Honorable Cuerpo Diplomático residente.

De modo que el Cristo de Ewald, al cual llamo hoy el "Cristo de la ciencia alemana", en contraposición al Jesús engendrado por la ignorancia de Renán, había hecho ya una fugaz aparición en este teatro, hace unos diez meses.

Hoy me propongo presentar de nuevo a este Cristo de la ciencia alemana; pero de una manera más completa y estable; de modo que alcancéis a percibir la infinita belleza de su fi-

(1) Conferencia dictada en el Centro de Estudios religiosos.

sonomía, y reconozcáis en ella, para regocijo de vuestro espíritu y de vuestro corazón, al Cristo de la religión cristiana.

El Jesús de Renán, que es una artística falsificación de la historia, aleja a Dios y mata la fe en los incautos que la leen sin estar preparados por previos y serios estudios bíblicos. El Cristo de Ewald, o el Cristo de la ciencia alemana, lo vais a ver, lo vais a experimentar, acerca a Dios y confirma la fe. ¡Qué baldón para la ignorancia atrevida! ¡qué honor para la verdadera ciencia!

* * *

¿Qué se entiende por ciencia, tratándose de Jesucristo? Esclarezcamos brevemente el concepto.

Hay tres maneras de conocer a Jesucristo: por la fe, exclusivamente; por la fe y por la ciencia; y por la ciencia, exclusivamente.

Durante nuestra infancia y parte de nuestra adolescencia hemos conocido a Jesucristo solamente por la fe, que nos fué infundida por el bautismo, y mantenida y acrecentada por el ambiente del hogar. Pero no teníamos en esa época de la vida ningún conocimiento científico de Jesucristo, porque ignorábamos su historia. La primera creencia sobre Jesucristo, digna de este nombre, la adquirimos cuando estudiamos fundamentos de la fe.

La inmensa mayoría de nuestro pueblo, y principalmente los habitantes de los campos, sólo conocen a Jesucristo por la fe, como los niños y adolescentes, y una fe rudimentaria, y no pocas veces mezclada de extravagancias y supersticiones. Pero no tienen, hablando en general, una noción clara de Jesucristo histórico; no son capaces de ubicarlo en el tiempo, ni mucho menos conocen la obra realizada por El en veinte siglos de historia.

El clero católico, y también el de las otras confesiones cristianas, es el más genuino representante de la segunda categoría, es decir, de los que conocen a Jesucristo por la fe y por la ciencia.

Entre los laicos católicos educados, la instrucción religiosa, o sea, la ciencia de Jesucristo, es en nuestro país todavía deficiente, como regla general, aunque en los últimos años se han hecho en esta materia grandes progresos mediante los cursos superiores de religión de la Universidad Católica y las organizaciones y métodos de la Acción Católica. Este Centro de Estudios ha contribuído también con su grano de arena a este progreso general de la ciencia de Jesucristo en Chile.

Entre los laicos educados no creyentes, la ignorancia re-

ligiosa es absoluta, y constituye una gravísima amenaza para la religión, para la tranquilidad social y para la patria. Esa ignorancia, si no es el verdadero punto de partida, es al menos una eficaz colaboradora de todas las campañas antirreligiosas y de todos los atentados legales contra los derechos de la Iglesia y de los fieles.

Si los que no tienen fe religiosa alguna y no practican por consiguiente ninguna religión, tuvieran al menos conocimientos de historia positiva sobre Jesucristo, su vida y su obra, nacería en ellos necesariamente un sentimiento de respeto por la religión, aunque no creyeran en sus dogmas; en vez de ese desprecio insultante y de esa hostilidad rabiosa hacia ella, que es su estado habitual.

Laicismo e ignorancia de la religión son la misma cosa. Por eso, elevar el laicismo a la categoría de educación y de un principio de gobierno es hacer la apoteosis de la ignorancia.

¡Y de qué ignorancia! Ignorancia de Jesucristo, el Hombre-Dios y el personaje central de la historia; ignorancia de las virtudes cristianas que son la cosa más pura, bella y benéfica que hay en el mundo; ignorancia del significado de la vida, que convierte al hombre en un autómatas.

¿Hay, una relación directa entre la fe y la ciencia de Jesucristo? A mayor ciencia de Jesucristo ¿corresponde necesariamente mayor fe en Jesucristo? No, de ninguna manera. La fe es una virtud teologal, como nos lo enseña el catecismo. Yo añadiría que es la presencia de Dios mismo en el alma humana. No es, pues, un conocimiento científico.

La ciencia confirma la fe y nos sirve para llevar el convencimiento de su verdad a los que no lo tienen; pero ella ni aviva ni acrecienta la fe propiamente dicha. La ciencia nos sirve para demostrar a los incrédulos que no sólo creemos porque se nos manda sino que nuestra fe reposa también en la verdadera roca del hecho histórico que entraña la palabra "Cristianismo". La ciencia da cierto prestigio a la fe, ante nuestros propios ojos, a veces; ante los ojos de los demás, siempre. La ciencia, que confirma la fe, es como un testigo de su verdad, que no está hablando siempre, pero que habla cuando es preciso. Su influencia es particularmente benéfica cuando pasa por nuestro espíritu la ráfaga de la duda, porque entonces ella habla y restablece en la conciencia momentáneamente perturbada, el equilibrio y la paz.

Empero, y lo afirmo fundado en mi experiencia personal ya bastante larga, la ciencia de Jesucristo, en el sentido corriente de la palabra, no acrecienta ni perfecciona la fe en Jesucristo. Ciencia y fe son dos cosas de distinto orden. En "el misterio del hombre" — la frase es de Pascal — la

ciencia ocupa sin duda un noble sitio, su inteligencia; pero la fe ocupa uno más noble todavía e infinitamente más complejo y misterioso, su conciencia.

La ciencia de Jesucristo como todas las ciencias humanas, puede perfeccionarse hasta el altísimo grado a que ha llegado la exégesis moderna; pero la fe en Jesucristo no había aumentado ni en un ápice mediante esos esfuerzos que suelen abarcar toda una vida. No hay otro procedimiento para acrecentar y perfeccionar la fe en Jesucristo que el que han puesto en práctica los verdaderos cristianos de todos los tiempos y particularmente los Santos: el humilde reconocimiento de la propia miseria y el recio, incesante y victorioso combate contra las pasiones.

Al lado de esta ciencia meramente humana de Jesucristo, que en el siglo pasado fué bautizada con el nombre de exégesis, hay una ciencia puramente religiosa y mística de Jesucristo. Conozco una obra en tres tomos de cerca de 500 páginas cada uno que lleva por título: "Del conocimiento y del amor de N. S. Jesucristo". Su autor es un jesuíta de principios del siglo XVII, el P. Saint-Jure. En esas 1500 páginas no hay una palabra de ciencia histórica de Jesucristo. Si el libro cayera en manos de un pagano, podría leerlo todo entero sin saber de qué se trataba.

La voluminosa obra de Saint-Jure es de ciencia mística y religiosa de Jesucristo; es la ciencia de los santos, de la cual la pequeña "Imitación de Cristo" es el texto insuperable e inmortal.

Llegamos a la tercera categoría: la de los que conocen a Jesucristo exclusivamente por la ciencia; la cual, por profunda y admirable que sea, no los ha llevado, sin embargo, hasta la creencia y la confesión de su Divinidad. Augusto Enrique Ewald es en el siglo XIX su representante más ilustre.

Los racionalistas modernos son legión; pero no hay dos que piensen de la misma manera sobre Jesucristo, ni sobre su doctrina, ni sobre su obra. Como se empeñan en no reconocer en él a Dios, y como le aplican a este personaje histórico único las reglas generales de la ciencia histórica y los principios filosóficos que cada cual profesa, el personaje que resulta de cada uno de estos trabajos es diferente del de todos los demás y se amolda a las ideas, simpatías e idiosincrasia de cada autor. Por eso existen tantas fisonomías de Jesús de Nazareth, como autores racionalistas se han ocupado de El.

Debe reconocerse, sin embargo, que la labor de investigación histórica y de crítica del Nuevo Testamento realizada por el racionalismo desde un siglo a esta parte, es inmensa;

y su resultado general, hasta hoy, ha sido la confirmación de la autenticidad de los Libros Santos, eliminados algunos pocos y breves pasajes que carecen de importancia.

La exégesis racionalista moderna es una ciencia de origen alemán y se ha cultivado en Alemania más que en cualquier otro país.

El gran Papa León XIII, desde los primeros años de su pontificado y bajo su dirección inmediata, dió un gran impulso a los estudios bíblicos, logrando en pocos años que la exégesis católica, tan antigua como el cristianismo, no se dejara aventajar en su valor científico por la exégesis racionalista alemana.

Sobre el resultado final de un siglo entero de trabajos racionalistas sobre Jesucristo histórico ¿qué podemos decir? La investigación científica racionalista, hecha por verdaderos sabios, no por literatos aficionados como Renán ¿ha logrado destruir la imagen tradicional, religiosa y divina de Jesucristo o la ha confirmado?

Contestará por mí un sacerdote católico célebre y miembro de la Academia Francesa, a quien cité copiosamente en mi conferencia del año pasado:

“Hay lagunas en esta ciencia comparada, dice el P. Gratry, y se llegará más lejos, porque hay materia para siglos de meditación y de progreso en la inmensa ciencia de Jesucristo y de su obra. Pero declaro netamente que los resultados de la ciencia racionalista actual, tal como la representa el Sr. Ewald, aunque todavía imperfectos, son admirables. La fuerza de la verdad, la belleza del espíritu humano resplandecen en ellos. Los verdaderos sabios, los hombres de ciencia real y de absoluta sinceridad vuelven al punto de vista primitivo de los grandes espíritus que, los primeros, han contemplado el más grande de los hechos de la historia, el hecho evangélico. Se vuelve a los Santos Padres, se vuelve a San Pablo”.

¡Qué honda satisfacción es para mí, poder cederle la palabra en la segunda parte de esta conferencia al más grande de los exégetas racionalistas de la Europa moderna, a fin de que veáis cómo al hablar de Jesucristo, “resplandecen la fuerza de la verdad, la belleza del espíritu humano”, según la hermosa frase que acabo de citar, sin que ello pueda atribuirse a inspiraciones de la fe religiosa, de que carece, sino única y exclusivamente a los dictados de su inmensa ciencia, sometidos a la crítica de su libre y recta razón!

II

En la conferencia de Agosto de 1935, a que he hecho referencia en la primera parte de ésta, cité algunos bellísimos

pasajes de la "Historia del Cristo" de Ewald. Ellos formaban el más sorprendente contraste con pasajes también citados de la "Vida de Jesús" de Renán, atribuidos por el historiador alemán, como ya lo he recordado, a bajeza de alma y a la ignorancia del literato francés.

No traeré a la memoria en esta ocasión los conceptos blasfematorios vertidos por Renán contra Jesucristo en la historia falsificada de su vida. Pero no puedo prescindir de recordar los pasajes de la Historia del Cristo de Ewald, ya citados anteriormente, porque ellos forman un solo todo con los que constituyen el cuerpo de mi conferencia de hoy. Pero advierto que no los citaré textualmente sino en extracto.

Son tales la verdad y la belleza de la figura histórica de Jesucristo trazada por la pluma y la ciencia del sabio alemán que el creyente reconoce en ellas los rasgos del Hombre-Dios que adora, y se siente inclinado a interrumpir la lectura para dar expresión a sus sentimientos religiosos o a comentar con entusiasmo el triunfo magnífico de la verdad, apoyada únicamente en la ciencia. Pero no haré ni lo uno ni lo otro. Cualesquiera comentarios míos, que ya he tratado de hacer, han resultado, mis propios ojos, inferiores al texto.

Cedo la palabra al eminente sabio alemán; comentadla vosotros mismos en silencio, sin olvidar en ningún momento que él no es un creyente sino tan sólo un sabio.

"En Jesús de Nazareth ha aparecido realmente sobre la tierra la vida divina y humana más alta, más pura que jamás podrá aparecer."

... ..

"Esta vida ha sido constantemente victoriosa del error y del mal."

... ..

"Esta vida, brotada del seno de Dios, ha fundado el reino de Dios, para Israel, para todas las naciones, para todos los hombres, y para siempre."

... ..

"La sublimidad de esta vida es más y más sobrecogedora a medida que uno penetra en ella."

... ..

"Esta vida es y será hasta el fin, y por todos los siglos, la luz que alumbra a todo el género humano".

... ..

“Esto es lo que toda nueva investigación, todo nuevo esfuerzo de la ciencia no hace más que poner en mayor evidencia.

... ..

“Cuando el Cristo aparece y comienza su obra, todo, por él y en torno de él, se transforma en un viviente foco de donde emanan actos y experiencias de divina regeneración. Salud de las almas, vigor de las almas absolutamente nuevo, poder de curación, que se extiende del alma al cuerpo, y que cura el alma y el cuerpo de sus llagas más tenebrosas e incurables”.

“Por él, lo que hay de más humilde se transforma y los hechos pasajeros de nuestra humanidad se convierten en la enseñanza de la verdad permanente. A su luz, toda la historia humana se transforma en historia de la religión, de la verdadera y suprema religión. Pero, lo que todos los siglos en que él no está no enseñan sino obscuramente, con incertidumbre, los pocos días y años en que él está lo enseñan de una manera sorprendente por los menores acontecimientos.”

... ..

“Pero volvamos a su poder de curación.

“En todos estos casos de curación él operaba por su espíritu; todo estaba penetrado de ese sublime espíritu que lo conducía en todo, que brotaba de él como una agua viva, por todos sus actos, todos sus pasos, todas sus palabras, todas sus enseñanzas..

“Su acción era creadora, radical, prodigiosa de eficacia, como por otra parte su vida de cada día, vida que antes que él jamás ningún hombre había sabido vivir...

“No podemos tener de esta parte de su obra una idea que esté a su altura, y debemos considerar a toda la raza humana como realzada por él, desde que quiso descender al profundo abismo de sus sufrimientos...

“Pero, aparte de estas curaciones que, según todos los documentos, eran su obra de todos los días, y **cuyo número inmenso está apenas indicado en el Evangelio**, es preciso distinguir particularmente otros hechos más sorprendentes todavía, como las resurrecciones de muertos, los millares de hombres nutridos con algunos panes y algunos peces, el cambio del agua en vino, el apaciguamiento de la tempestad, la marcha sobre las olas y las curaciones a distancia y por la simple irradiación de su espíritu.

“Todos estos hechos pertenecen ciertamente a los primitivos datos evangélicos...”

“En Jesucristo, la obra de todos los días no era sino una serie de actos de sublime potencia...

“Tales épocas de poderoso entusiasmo y de sublime y saludable exaltación se muestran ya, pero diseminadas, en el Antiguo Testamento. Dondequiera que la verdadera religión se despliega trae consigo la sublime alegría que lo reanima todo, el vigor maravilloso que lo puede todo y las más conmovedoras experiencias de divina fuerza y de divino auxilio. Pero jamás el fundamento mismo de las obras de salvación había sido planteado de esa manera; jamás semejantes esperanzas de divina regeneración, jamás la alegría celeste en toda su plenitud habían llenado hasta ese grado el corazón de los hombres”.

“Había aparecido, pues, aquél que en esa época y en ese pueblo del reino de Dios, era el Mesías esperado; y él no había realizado solamente lo que de él exigía el sentido más profundo de las profecías; su trabajo y su operación, sus sufrimientos y su muerte habían hecho mucho más de lo que los profetas habían podido prever y anunciar.

“Era él el que tenía en vista esa profética esperanza esparcida desde la más remota antigüedad en todos los pueblos, pero con mayores fuerza y claridad en Israel; esperanza que se había hecho, en los últimos tiempos, manifiesta como la luz; que anunciaba que un hombre vendría, **inmaculado de todo error y de todo pecado**, quien dominando la masa de errores y de perversidades acumuladas desde la infancia del género humano, triunfaría de todo, y sabría realizar completamente la voluntad de Dios. Ahora bien, he aquí que la Vida del Cristo toda entera no es sino la realización de esa universal esperanza.”

... ..

“Pero los profetas no invocaban solamente en él al hombre aislado, llamado a realizar una obra meramente personal. Invocaban con toda la historia primitiva de Israel, a aquél que, a través de todos los pecados del mundo, inflexible a todo mal, seguiría en toda la más pura voluntad de Dios, y llegaría a ser por eso el maestro de todos los hombres, para enseñarles a realizar a su ejemplo la voluntad de Dios, y para fundar la asamblea de los hombres sometidos a la absoluta verdad religiosa.

“Y he aquí que en efecto el Cristo realiza esta doble misión con tan alta perfección que es imposible decir si es más grande como hombre en presencia de Dios o como fundador y como jefe de la asamblea de los hombres unidos a Dios.

... ..

“En él se renueva y se concentra, en este fin de la vida de Israel, la virtud profética primitiva, esta fuerza radical y fundadora de la asamblea de la verdadera religión... Esta fuerza estalla en él como no lo había hecho desde Moisés.

“Por una certidumbre divina inmediata, su profética potencia anuncia las verdades nuevas y las hace reinar. Pero aquí ya no hay ninguna de las violencias que se mezclaban a la antigua acción profética.”

“En él se rejuvenece también la antigua virtud sacerdotal, mediadora entre el hombre y Dios, que atrae a su Dios al hombre purificado, pero no ya detenido en la vetustez de la ley exterior y formal.

Y todas estas sublimes fuerzas del espíritu, que no habían aparecido en el mundo sino dispersas, se reúnen y concentran en un sólido conjunto **que no podía existir antes de él:** porque la fuerza y el atractivo de la verdadera y perfecta religión, que implican todas esas fuerzas, no se han desplegado realmente, por fin, sino en él solo. Y se ha desplegado tal como, desde el origen de la creación, la había concebido la voluntad de Dios; tal como debía aparecer y no podía aparecer sino en este punto del espacio y del tiempo, en este pueblo, y en **este hombre único.**

“Es que él trae precisamente a la vieja religión ya verdadera, pero todavía imperfecta, lo que falta al grupo de hombres que son sus depositarios, y hacia lo cual tendían desde largo tiempo sus deseos, a saber, la indomable serenidad, la fuerza y la actividad triunfante del más puro amor divino; amor que penetra todo pensamiento, que penetra toda acción, que realiza toda ley del pasado, buena pero no cumplida; amor siempre vivaz y siempre despierto a toda nueva luz, a todo nuevo deber divino; amor que se declara al mundo para el gobierno del mundo por la sabiduría directriz; pero ante todo por la humilde obediencia, el austero renunciamiento y el heroico sacrificio de sí mismo.

“De este modo él es el único verdadero Mesías, el eterno rey del reino de Dios, que, el primero, introdujo todo entero en el mundo. De este modo él es el ser único, el Guía y el Señor, a quien debe seguir todo hombre impulsado por el espíritu de Dios; todo hombre cuyos pensamientos, trabajos y sufrimientos sean la búsqueda pura y perfecta de Dios.”

“El es el Verbo de Dios que sabe por la palabra humana, por todo su ser y por toda su acción, hablar y obrar como Dios mismo; que sabe poner a la luz las profundidades de Dios y revelar al mundo, con una eterna, imperecedera y omnipotente revelación, el espíritu mismo de Dios.

* * *

¿Cómo se comprende, que un hombre de una elevación,

de una perfección, de una belleza moral tales, que obligan al escritor racionalista a calificarla varias veces de divina, cómo se comprende, colocándonos fuera de la religión, y exclusivamente en el terreno de la historia, es decir, de la ciencia, que ese hombre, que debió ser el ídolo de su pueblo, haya sido despreciado por él, odiado, calumniado, perseguido, procesado, condenado a muerte y sometido al más ignominioso y horrible suplicio?

He aquí la explicación meramente histórica que da a ese hecho extraño, la ciencia alemana por boca de Ewald:

“Aquel que viene a traer la salvación a ese pueblo y a todos los pueblos, aquel que, solo, sabe enseñar a los hombres cómo todo bien puede germinar y madurar en la tierra; él, es juzgado por los más altos jueces de Israel y del paganismo, y se ve vilipendiado como el más peligroso seductor del género humano.

“Aquel que, solo, en presencia de todo lo que el mal, desde las primeras edades del mundo y durante todos los siglos, había acumulado de errores, de pecados, de desórdenes y de feroz perversidad, aquel, digo, que a esta masa de horrores no opone sino la más alta sabiduría, el más divino amor y la más inagotable mansedumbre, él, se ve derribado por la ola impura en que se unen para aniquilarlo el pecado de Israel endurecido y el pecado del sensual y estúpido paganismo.

“En el pueblo que, antes que todos los otros, debiera haber sido el pueblo santo, y el pueblo amado de Dios, el error y el pecado se habían acumulado y habían fermentado desde hacía quince siglos; y he aquí que la rabia y el veneno de todos esos errores y de todos esos pecados, inveterados, endurecidos, amontonados en un solo foco, vienen a caer sobre Jesucristo.

“Y no es por accidente, por una cólera pasajera del pueblo por lo que él sucumbe, como San Juan Bautista, sino por la esencial y única cuestión de la vida de Israel, la cuestión del reino de Dios, de la verdadera sociedad religiosa. Es en el momento más crítico de la gran lucha por el establecimiento de esta sociedad santa, por la fundación de todo su porvenir sobre la tierra, es entonces, digo, cuando toda la rabia, toda la perversidad del antiguo mundo cae sobre este abandonado, sobre este pobre, este desarmado, sin fuerza humana, ni gloria humana. Todo eso quiere aniquilar a este fundador único de una sociedad depositaria de la absoluta verdad religiosa, para aniquilar del mismo golpe, y en su germen, a la religión apenas fundada.”

En este bellísimo y elocuentísimo pasaje del grande orientalista alemán del siglo XIX, dictado por su ciencia

exclusivamente, yo veo resplandecer una de las verdades fundamentales de nuestra religión: la fundación de la Iglesia por Jesucristo, hecho negado generalmente por el racionalismo y por muchas sectas protestantes.

¿Qué es, en efecto, ese “reino de Dios”, esa “sociedad santa, depositaria de la absoluta verdad religiosa, y encargada de su porvenir sobre la tierra?” La pregunta no tiene sino una respuesta: esa sociedad es la Iglesia.

Veo, además, resplandecer otras dos verdades que, aunque de orden meramente histórico, se confunden casi con los dogmas de nuestra religión: 1.a, que Jesucristo no fué condenado a muerte por motivos de orden político, como lo afirma en general la incredulidad, sino por motivos de orden religioso, en su calidad de fundador de esa sociedad santa encargada del porvenir de la religión sobre la tierra de que habla el sabio alemán;

2.a, la parte decisiva que en el proceso y condenación a muerte de Jesús tuvo la coalición del error y el pecado.

Esta crucifixión de Jesucristo por el error y el pecado, se viene renovando desde entonces en la conciencia de cada hombre y en la historia de cada país. Los enemigos de Jesucristo son el error y el pecado; no tiene otros, no puede tener otros, porque El es la Verdad y la Virtud.

Cuando “la rabia del error y el veneno del pecado”, de que habla Ewald, dominan en la conciencia de un hombre, Jesucristo muere en ella, y muere sufriendo, como en la cruz.

Cuando “la rabia del error y el veneno del pecado” se infiltran en la conciencia de una nación, una ley inexorable la conduce fatalmente a la persecución religiosa, es decir, a la crucifixión de Jesucristo, de su cuerpo místico que es la Iglesia.

“La rabia del error y el veneno del pecado” no pueden tolerar la presencia de Jesucristo en parte alguna. Por eso, donde ellos imperan, o lo impulsan, como en la Francia de principios del siglo; o lo asesinan, como en la Rusia y el Méjico de ayer; o lo queman, como en la España de hoy.

* * *

Solo me resta agregar, para darle término a esta conferencia, la cual es mucho más de Augusto Ewald que mía, que las bellísimas páginas tuyas que he citado no son en manera alguna páginas de religión ni piedad poética; son, al decir de su traductor francés de quien a mi vez yo las he traducido “la última palabra de la ciencia en Alemania y entre los racionalistas”. Su autor era a mediados del siglo pasado — ya lo he dicho más de una vez — el primero de los hebraisantes

y orientalistas de la Europa, y uno de los hombres que más ha profundizado toda la historia de Israel, sin lo cual, como él lo advierte a propósito de los errores de Renán, no se podría comprender a Jesucristo.

Refiriéndose a la índole de su propio libro "Historia de Cristo", al cual pertenecen las citadas páginas, el mismo autor ha dicho: "este libro es el resultado propia y exclusivamente científico de todas las más minuciosas investigaciones de la ciencia alemana."

Y su traductor añade: "en realidad estas páginas son un armónico conjunto científico de filología, de filosofía verdadera, de psicología profunda, el fruto de una larga y asidua comparación de todos los hechos y de todos los textos de la historia profana y sagrada."

De modo, que cuando Ewald proclama que la vida de Jesús de Nazareth "es la vida divina y humana más pura que jamás podrá aparecer... constantemente victoriosa del error y del mal... vida brotada del seno de Dios... que ha fundado el reino de Dios para Israel, para todas las naciones y para siempre... vida que es y será hasta el fin de los siglos la luz que alumbra a todo el género humano", no está profesando la religión cristiana, como podría creerse, solo está enseñando la historia positiva.

Cuando proclama a Jesús de Nazareth "el Cristo... el Mesías único... el Salvador esperado... la flor, el fruto de toda la historia humana... el Ser único... el Guía y el Señor... el Verbo de Dios... el eterno Rey del reino de Dios... el puro esplendor y la gloriosa imagen del Eterno mismo"... reconociendo al mismo tiempo la realidad histórica de todos sus milagros y la realización en su persona de todas las predicciones de los profetas de Israel, no es la religión, no es la fe, no es la creencia, no es la teología la que habla por su boca: es la exégesis bíblica moderna racionalista; es la ciencia alemana, exclusivamente.

Y reconozcamos que al trazar la imagen del Cristo histórico, la ciencia alemana ha expresado por boca de Ewald conceptos tan sublimes como los más sublimes con que la liturgia católica invoca y glorifica a Jesucristo, Hijo de Dios.

Es que entre el Cristo de la ciencia alemana, tal como aparece en estas admirables páginas y el Cristo de la Religión, en realidad, es muy difícil distinguir.

¡Qué honor para Augusto Ewald! qué gloria para la ciencia alemana!

Y cuán plenamente merecen sus trabajos históricos el magnífico elogio del P. Gratry, que repito por tercera vez, y con el cual pongo término a esta conferencia.

"En ellos resplandecen la fuerza de la verdad, la belleza del espíritu humano."

Clemente Perez Perez

Recuerdos de un maestro de juventud

En el mes de Septiembre del pasado año estuvo en la voluntad de Dios que perdiéramos al que fué para nosotros un segundo padre, el mejor de los amigos y el más autorizado de los consejeros. Su figura gigantesca, lejos de ir empañándose al través del tiempo, parece que cada día va tomando contornos inusitados. Hermoso campo para espigar encontrará en su vida la pluma diestra que intente abordar un ensayo biográfico. Pero nosotros, no abordaremos en estas páginas tal empresa, sino tan sólo poner al alcance del lector una red tupida de íntimos recuerdos que traducen, mejor que la enumeración fría de cargos y obras, lo que llevó dentro de sí ese magnífico corazón del R. P. Fernando Vives.

Mucho se ha escrito sobre el P. Vives y mucho queda aun por escribirse. Su personalidad, en la que convivían estos dos factores: lucha y caridad, resulta muy difícil de enfocar. La lucha trae generalmente roces y levanta pasiones. Sus contrarios — y no le faltaron, como de todo hombre superior — conocieron sólo esta faz de su vida e ignoraron en cambio el gran fondo de caridad que impulsaba todos sus actos. Por eso no encontraron en él sino móviles puramente humanos, sin cuidarse de averiguar el contenido sobrenatural de los mismos. Entre tanto las luchas del P. Vives fueron el resultado, la exteriorización de una fuerte vida interior, plena de amor a Cristo y a sus semejantes, de la que más de algo pudimos vislumbrar los que a diario nos congregábamos en torno suyo. Abarcar estos aspectos más íntimos de su personalidad es lo que intentan estas páginas, escritas sin afán literario, pero con mucha gratitud y no escasa emoción.

* * *

“ENTRE”. Era la palabra con que el Padre Vives recibía a los visitantes que golpeaban la puerta de su pieza.

Desde fines de 1931, primero en un cuarto interior — así llamaba el padre su celda — y después desde la segunda pieza de las amplias galerías de la Compañía, oíamos, al golpear en la puerta, un “entre” varonil, franco, muy franco y sonoro; y sólo al final de sus días, cuando ya estaba débil, si puede decirse que esa contextura estuvo débil alguna vez, sentimos un “entre” opaco y lejano que anunciaba su quebrantada salud.

Desde el momento en que llegábamos a su cuarto sentíamos confortarse nuestros espíritus ante aquella recia personalidad llena de franqueza, austeridad y santidad, en que se confundían la áspera e ingrata lucha del jesuíta contra todo aquello que consideraba no cristiano y los altos ideales evangélicos sublimados en la caridad.

Pronto esa persona de ademán sencillez comenzaba a hacer sentir sobre las personas que lo escuchaban su influencia bienhechora, que tanto necesitamos especialmente los jóvenes, convirtiéndose de inmediato en padre, amigo y director.

Tan fuerte como imperceptible era su influencia, por ello resulta difícil concretar la mera práctica que tenía el Padre de desarrollar moral y socialmente a las personas que le visitaban. Y si esto es difícil para los que le veíamos diariamente, para aquellos que no le conocían o le conocían mal resultaba incomprensible. El así lo veía y por eso un día me dijo con aquella su sonrisa característica, graciosa y sincera: "Algunos papás reacios a la acción social se preguntan ¿qué es lo que hace el Padre Vives que nos transforma la juventud? Preguntamos a nuestros hijos qué es lo que les dice, y no hay nada censurable en sus palabras. Pero, entonces, ¿cómo es que desde que lo conocen no piensen como nosotros?"

El Padre era para ellos un enigma; sentían los efectos de una concepción integralmente cristiana de la vida, que él sabía infundir en los que le rodeaban.

Pero en vez de fomentar, de ampliar los nuevos horizontes que el Padre abría ante sus ojos, preferían, por amor a doctrinas anacrónicas o por temor al derrumbe inmediato de organismos de viejo arraigo, compatir a aquél que sólo procuraba llevar a Cristo a todo el mundo, principalmente a los jóvenes y a los obreros, y mediante esto transformar el triste estado de cosas.

Un día pregunté al Padre por qué quería tanto a la juventud y especialmente a los niños. Me había llamado la atención el hecho de encontrarlo, ya viejo, conversando a menudo con los pequeños como si se tratara de personas de su edad. El me respondió: "Cuando era chico no me sentí nunca comprendido por los grandes. A los grandes se les ocurre que sólo ellos tienen problemas y, con muy poca paciencia, cuando un niño les pregunta algo le contestan cualquier cosa. Nada hay que moleste tanto a los niños como la incompreensión de los mayores. A los 12 años hice la promesa de servir a los chicos, de tratar de comprenderlos como deseaba ser comprendido a esa edad. ¿Cree Ud. por acaso, terminó diciendo el Padre, que la pérdida de una pelota, un reto injustificado o cualquier otro incidente no es un problema grave para ellos? No se olvide que los niños tienen sus problemas y

mentalidad propia y que Ud. debe preocuparse de ellos como si se tratara de grandes, no olvidando su edad y la grave responsabilidad que tiene respecto de aquellos que lo rodean”.

No era menor la caridad con que nos trataba a los más grandes y aun a los viejos que le frecuentaban. Cuántas veces no importunábamos el curso de sus pensamientos, acciones y obras, y **siempre**, y he subrayado siempre, cualquiera que fuera el momento en que llegáramos, estaba presto para escucharnos y servirnos. Un día, muy poco tiempo antes que falleciera, le manifesté que el Padre Rector no quería que recibiera tantas visitas porque le hacían mal. Pediré permiso al Padre Rector, me dijo, para que entren; quiero morir con las puertas de mi cuarto abiertas para todo el mundo como han estado siempre”. Y así fué.

Al final de sus días, el Padre, por su misma enfermedad, comía en su cuarto. Generalmente yo le acompañaba. En la noche lo encontraba totalmente agotado. No se puede negar que sus amigos abusábamos de su paciencia y caridad. Al verlo tan decaído le preguntaba el por qué y como no me contestara y me interesara conocer la causa de estos malestares, un día me atreví a aconsejarle: “Padre, ha tenido numerosas conversaciones, muchas consultas; no reciba tantas visitas: se va a enfermar más. Y tuve como única respuesta: “Estamos para servir” y si vienen a verme y a consultarme es porque así lo desean. Jamás cerraré las puertas a nadie”. Esto lo decía profundamente convencido de su misión sacerdotal.

La caridad para con todo el mundo era ilimitada. Jamás dejó de ayudar a nadie — ya fueran católicos o no católicos — ni aun en las necesidades más íntimas.

En 1934 tuve ocasión de conocer hasta dónde llegaba el sacrificio del Padre por los demás. Estaba enfermo en cama. Yo tenía que ir a una reunión de obreros y me habían pedido que comentara allí algún capítulo del Evangelio. Tenía el Padre un libro de anotaciones sobre el Evangelio en la pieza contigua. Lo busqué y como no lo encontrara le pedí me indicara el sitio preciso. Antes que pudiera hacer nada, el Padre había saltado de su cama a pie descalzo y lo tenía a mi lado para entregarme el libro que necesitaba. Como consideraba una locura lo que hacía estando enfermo y a su edad, se lo dije y me contestó después de haber tosido un poco: “Si habla mal y dice disparates quién sabe cuántas almas puede perder, y si lo hace bien quién sabe cuántas almas ganará para Cristo”. Como insistiera en que debía cuidarse para los trabajos del porvenir me dijo: “Dios sabe lo que hace. Para eso soy fraile”.

Tales eran los actos del Padre en la estricta intimidad;

nunca hacía alarde de ellos; trabajaba con gran humildad sin tratar de aparecer jamás. Si figuraba en primera línea era porque su personalidad, aunque por él escondida siempre, como era lógico, tenía que sobresalir. No soportaba la ostentación y constantemente nos instaba con su ejemplo a trabajar por la mayor gloria de Dios olvidándonos de nosotros. Un día conversando sobre aquellas personas que nada pueden hacer sin el bombo y el lucimiento personal, me dijo con gran gracia: “son como las gallinas que tan pronto como ponen un huevo se ponen a cacarear”. Y agregó en seguida: “se exponen así a que les quiten el huevo”. Su procedimiento era otro: **trabajar** y callar. En sus obras jamás lo vimos aparecer: de su enorme actuación social en España, jamás nos dijo nada, aunque tuvo buenas ocasiones para hablar.

Un día un amigo mío, que comenzaba, a orillar nociones litúrgicas, encontró que el Padre no conocía bien estos aspectos de la Religión y se permitió ir a darle normas sobre el particular. El Padre lo escuchó con mucha atención y prometió meditar el asunto. El, uno de los que con el gran teólogo Arintero, definieran la doctrina del Amor Misericordioso recibió con humildad la enseñanza litúrgica del imberbe.

Mucho tiempo después, otro muchacho amigo, descubrió un santo nuevo, con doctrinas nuevas y fué a comunicarlo así al Padre para que tomara nota del descubrimiento, manifestándole, poco menos, que podría sacar de allí muy buenas normas sobre vida interior, acción cristiana, etc. El Padre también escuchó con gran tranquilidad y humildad la exposición.

Momentos después llegué yo y me contó: “Estos niños son notables, hace tiempo vino Fulano a enseñarme liturgia, hace poco rato vino Zutano a contarme el descubrimiento de un Santo nuevo y a decirme que debía leerlo”. Y agregó riéndose: “Y el Santo era Santo Tomás”.

Con gran paciencia los escuchó, ni siquiera se dió por aludido que conocía y muy bien lo que los otros habían descubierto.

Otro día insistí en una pregunta muchas veces lanzada: “¿Por qué se hizo Jesuíta, don Fernando?”. Entonces me respondió: “Porque así podía servir mejor a los demás”.

Sin embargo, estas declaraciones estrictamente personales eran raras en él.

De su actuación en la obra del Amor Misericordioso nada dijo. Sólo después de su muerte lo supimos por don Diego de Castro. No sé si le había pedido que nada hablase antes del fin de sus días.

Fuera de su humildad, lo que más me llamaba la aten-

ción en el Padre era su paciencia. Es difícil encontrar una persona en que esta cualidad haya estado más desarrollada.

Comenzaba un trabajo y cuando fracasaba — lo que no es muy extraño al iniciar una labor como las que emprendía el Padre — volvía a comenzar y continuaba indefinidamente hasta que obtenía el resultado esperado. Era infatigable.

Todas sus luchas fueron iguales. Difíciles, pero seguras y en todas, gracias a su virtud y paciencia venció, aun después de su muerte, aunque para algunos, sus obras hayan muerto con él.

Muchas veces nos decía — demostración de su paciencia — refiriéndose a algunas personas que iban a verlo:

“He tenido que soportar unas latitas; tenía tanto que hacer; pero, en fin, en otra ocasión traerá algo más importante que decir. Paciencia. No todo ha de ser como queremos”. “Pero si vienen hay que recibirlos y atenderlos pues para servir estamos”.

Cuando nos descorazonábamos por las dificultades que encontrábamos en nuestros trabajos, ya fuera por las bajezas humanas que algunos que no le querían bien tejían a su alrededor, ya por la incomprensión de los poderosos y poca confianza de los pobres, el Padre, con su paciencia nos instaba a perfeccionarnos, a orar más y no cejar nunca en nuestros trabajos. Insistía en la necesidad de desprendernos de nosotros mismos y de trabajar por Cristo y para Cristo.

El amor a Cristo que sentía el Padre era inmenso. Todas sus acciones y pensamientos estaban impregnadas de El y trataba por todos los medios a su alcance de hacernos sentir ese amor como él lo experimentaba. “Cuando pienso en Nuestro Señor, siento una impresión tan fuerte como nunca he sentido por nada” decía y se emocionaba como un niño chico cuando comentaba ciertos pasajes del Evangelio sobre la persona del Cristo.

Recuerdo que una de las pláticas en el último retiro de “Las Rejas”, en el año 1935, fué sobre el rostro y el alma de Jesucristo. Nunca había visto transfigurarse como entonces la figura del Padre. Estaba vivamente impresionado y nos impresionó también a los demás. En el descanso fuí a su cuarto a conversar con él y le manifesté mis impresiones. Su respuesta — se trataba de retiro cerrado — fué muy breve pero muy grande: “Si le ha parecido bien, sígalo”.

La religiosidad del Padre era también característica. Su fuerte vida interior, tan elaborada, había no sé si consciente o inconscientemente suprimido en las exterioridades de su vida todo aquello que pudiera siquiera parecer hipocresía. Junto a sus cualidades interiores era chistoso, entretenido y alegre; pero en todas sus actividades, antes que nada, era

profundamente cristiano y **caritativo**. Y recalco esto por cuanto algunos que entienden la religión como el arte de parecer santos estáticos — consideraban al Padre, además de peligroso e inoportuno, demasiado poco cristiano en sus proceder. El, entre tanto quería cambiar la quietud con que pretendían impregnarnos algunos “prudentes consejeros”, por una actitud viril, franca y decidida. Deseo — decía — hacer lo mismo que en los primeros tiempos del cristianismo, sacar a los jóvenes de sus casas a la calle para la lucha”.

Tenía gran facilidad para percibir el ridículo y por eso entretenía con gran placer a su auditorio, pero nunca lo hacía por darse el gusto de reírse de alguien, sino con el fin de demostrar algunos aspectos que no le agradaban. Como buen psicólogo, conocía muy bien el alma de los que con él trataban y junto con reconocer pública y privadamente las cualidades de las personas que analizaba, hacía chistes. A aquellas personas débiles de carácter y de poca personalidad las comparaba con una pelota de goma y decía que las ideas perduraban tanto en ellas como el tiempo que demora la pelota en adquirir su forma cuando se la ha oprimido con la mano.

Otra vez, recuerdo, había una gran tempestad en su contra. Se pretendía hacerlo salir, si no del país, por lo menos de Santiago. Llegó una carta del extranjero que no era sino la confirmación de las doctrinas que el Padre sustentaba sobre la política y la Iglesia y especialmente sobre la política y la juventud. La tempestad se calmó y el Padre con aquella clarividencia con que miraba las cosas, dijo riéndose a carcajadas: ¿No conocen el cuento de las ranas?

Y comenzó: “Había una vez en una charca un grupo de ranas que gritaban y no se podían entender. Una gritó más fuerte y dijo: pidamos a Dios que nos mande un Rey para entendernos. De repente cayó un palo en la charca y las ranas creyeron que era el rey solicitado. Se callaron, se escondieron. Como el palo no se movía, una sacó la pata, la otra la imitó y por último todas se pusieron a cantar con toda sanfazón arriba del palo.

No se habrá acaso cumplido el vaticinio del Padre?

El se reía mucho de su propia figura. Una vez lo sacaron en “Topaze”. En la caricatura aparecía un político dando latigazos al Padre Vives y al Padre Fernández Pradel. El Padre se iba quedando atrás. Comentando el grabado, con gran gracia me dijo: “No se puede negar que está bastante bien tomada la figura por detrás, pero desgraciadamente no me tomaron de frente; qué divertido habría salido mi ojo chueco”.

Comunmente le preguntábamos, por qué sabía tanto, llamándonos la atención sus conocimientos de la realidad chilena cuando no salía casi nunca de su cuarto. Un día que lo acosábamos a preguntas nos dijo: “¡Bah! no sean ingenuos, no ven que tengo un ojo que mira para un lado y otro que mira para el otro. Pues ahí está el secreto. Veo para dos lados a la vez”.

Después nos dimos cuenta. El Padre como él mismo decía “paraba los golpes porque sabía de antemano de dónde venían”. Sin salir de su cuarto, como era muy querido, todo el día tenía visitas y sin que él preguntara, le contaban lo que ocurría, hasta el último detalle. Era comparable a un Kardex. A los que más le frecuentábamos nos contaba sólo lo estrictamente indispensable. El pelambre lo exasperaba. En las tempestades decía “hay que atar todos los cabos o si no, corremos el peligro de naufragar”. Su obscura salida del Secretariado Económico Social la sabía desde hacía dos meses. Nada nos había dicho a pesar de tener todos los cabos de la madeja.

Gozaba con la gente práctica a la vez que estudiosa. Se reía mucho de la gente que no termina nunca de estudiar para iniciar la acción, como así mismo de los que se llaman o se sienten intelectuales. Los llamaba despectivamente “pedantes” y se reía en su cara con mucha gracia.

Como jefe, el Padre era un modelo y quién sabe si pudiéramos decir que antes que jefe era padre y amigo.

Tenía en alto grado desarrollado el don de la prudencia agregado a sus grandes conocimientos de todo orden de cosas. Sabía mandar sin mandar y dirigir sin dirigir. El Padre sólo lo insinuaba y convencía. Jamás lo ví dar una orden. Sus deseos se cumplían por nosotros después de habernos convencido. Nunca sorprendí un mal modo para nadie. Aun frente en las cosas que le agradaban menos guardaba silencio. Esperaba el momento para actuar; su paciencia ilimitada lo permitía.

Su maestro, decía, era Cristo. Y como jefe y buen ignorante era también un modelo de subordinado.

Cuando estaba en Europa, se hallaba ansioso de venir a Chile y nunca lo pidió. Un día me contó: “tenía grandes deseos de verme a Chile, veía desde lejos que había tanto que trabajar aquí. Deseaba ardientemente organizar a los católicos, sumisos y respetuosos de la autoridad. Tenía también interés en propagar aquí el verdadero concepto de autoridad. Pero, qué difícil es hacer comprender lo que es la autoridad, lo que debe ser la autoridad. Algunos creen, que ser autoridad consiste en inmiscuirse en todo. Pero en el fondo son solo intrusos”. A continuación los justificaba: “Claro que

son irresponsables. No saben lo que les corresponde". Y terminó: "A la Iglesia hay que servirla como quiere ser servida".

El Padre había estudiado y conocía muy bien los principios de la autoridad y como tal era un fiel y obediente servidor de la Jerarquía. Sus enseñanzas en este sentido no fueron tanto doctrinarias como prácticas. Era un modelo de asesor: "Los asesores asesoran", decía el Padre. Jamás lo ví entrometerse en lo que no debía. Le exasperaban los eternos consejeros.

Recuerdo que en Valparaíso, cuando la Convención de la Juventud católica en 1933, hubo un gran incidente. Los miembros de la Liga Social vendíamos en la calle nuestro órgano "Falange". Teníamos pleno derecho y no pesaba sobre nosotros prohibición alguna. Sin embargo no, faltó quien molestara. Un asesor prohibió a uno de los jóvenes entrar a comulgar a la Iglesia porque vendía "Falange" en la calle, mientras otro gritaba con énfasis: "Yo soy fulano, soy la autoridad máxima de la Convención". Y en uso de sus pretendidas atribuciones de poder ejecutivo y judicial arrebato algunos números de "Falange" y los rompió con gran estrépito. Paso, sin mencionar el cúmulo de situaciones divertidas, que no vale la pena recordar por ahora y que sirvieron entonces de hazme reír aún a los no contaminados con las "viverías", como alguien dijo.

En la casa de la Compañía estaba el Padre. Calladito, humilde como siempre, rezaba en su breviario. Llegaron a hablar con él dos delegados de las omnipotentes autoridades para que prohibiera la venta de "Falange" en las calles por ser "inoportuna".

El Padre les escuchó su larga disertación y les manifestó que nada de malo veía en la venta de "Falange". Como yo opinara mucho, me hizo callar porque no me correspondía hablar. Finalmente dijo: "Los asesores asesoran, hablen con el Dr. Roberto Barahona, que es el Director de "Falange". El decidirá; yo sólo tengo que ver con el dogma y moral. No me corresponde mezclarme en este asunto".

En esta forma respetaba y se hacía respetar. Desde que le conocí el año 1931 hasta que murió, fué igual. Opinaba el último y cuando le correspondía. Continuamente me decía con gran cariño, para corregir mi inexperiencia: no sea intruso, no se meta en lo que no le corresponda. Si le preguntan conteste, si no, nada diga. Respete mucho la personalidad ajena. Respete".

Cuántos errores, cuántas personalidades han destruído — y acaso muchas veces con buena fe — los directores absor-

ventes. El Padre decía: "Cada cual en su sitio. Uno es el papel del Director, otro el del dirigido".

Nunca como jefe lo vi empequeñecer a nadie; siempre ayudaba y levantaba con gran cariño y dulzura. Siempre tenía una palabra de aliento para el caído: "Hay que empezar de nuevo".

El apostolado obrero era una acción fundamental para el Padre. El mismo día que cantó misa en España ofreció a Dios consagrar sus fuerzas al resurgimiento de la clase trabajadora. Consideraba que este trabajo debía ser absolutamente desinteresado, como todo trabajo de Acción Católica.

Un día, poco antes de fallecer, le observé algunos defectos que notaba con frecuencia en los obreros y con gran error de mi parte generalicé. El Padre estaba en cama, convaleciente de una de sus múltiples enfermedades. Antes que terminara de hacer mi desgraciada exposición, él ya estaba sentado en la cama y me dijo enfáticamente: "Voy a demostrarle que lo que dice es un error y si no se convence, lo que no creo, le pido no vuelva a hablar en contra de los obreros delante de mí. Mucho peor que los obreros son Uds. Ellos no tienen la formación espiritual e intelectual de Uds. Los pobrecitos apenas ganan para comer, no tienen hogar, carecen de cultura, están completamente abandonados y todavía Ud. los quieren perfectos. No lo vuelva a decir. No son culpables de sus errores, por regla general".

A continuación me habló nuevamente de la necesidad del apostolado y me dijo: "No sea nunca pedante, trabaje mucho, actúe, ofrézcalo todo a Dios y siga adelante. Los obreros tienen un gran fondo de bondad. Cuando los conozca como yo, verá que se puede sacar de ellos lo que se quiera. Si no saben nada, si no tienen ninguna formación ¿cómo quiere Ud. que sean mejores? Así y todo hay algunos muy buenos. Mire estos jóvenes que tenemos en la "Vanguardia". Son de primer orden. Cuando se lancen al apostolado verá Ud. las maravillas que harán". Y terminó: "Paciencia y constancia. Es un horror que los católicos hayamos perdido al pueblo. Forme a los obreros y verá los resultados".

Un aspecto de su vida que algunos no podían comprender era la facilidad con que perdonaba a aquellos que no le querían bien.

Había cierto personaje que no perdía ocasión para molestarlo; que ya escribía cartas a los Sres. Obispos para que no le recibieran en sus diócesis; ya decía que el Padre tenía tanta influencia y personalidad que cuando estaban juntos él, a pesar de sus títulos pasaba a lugar secundario; ya que le daba la mano en cierta forma; ya que le había originado una enfermedad; ya, en fin, que era un rebelde: "¿Cree Ud.

— me dijo el Padre refiriéndose a él, — que le guardo algún rencor? Ninguno. Está enfermo; si pudiera lo abrazaría”.

En el mes de Septiembre del año pasado, tres días después de haber caído a la cama en su última enfermedad, el Padre nos dió su postrera lección.

Estaba convaleciente. Tuvo que hacer cierta diligencia y allí supo la última calumnia que le habían levantado. En el pobre hígado enfermo repercutió intensamente esta última gota de hiel que se le brindaba.

Yo lo ví momentos después de llegar: “¿Qué le pasa don Fernando?”, pregunté. “Me siento mal”, fué la respuesta. “¿A qué se deberá el retroceso?”. No contestó. “¿Ha tenido alguna molestia?”. Silencio. “¿Le llamo médico inmediatamente?”. “Si quiere”.

Estaba convencido que el remedio material no iba a servir de nada.

El Padre tuvo mucha fiebre, grandes escalofríos. Unos dolores horrorosos. Jamás he visto sufrir a nadie en igual forma y con tanta resignación. Los médicos aconsejaron morfina. No dió resultado la primera inyección. Fué necesario poner nuevas inyecciones y sólo se consiguió llevarlo a un estado comatoso. Tres días duró esto y tan pronto como salió del sopor de la morfina sus primeras palabras después de una sonrisa cariñosa para los que estábamos con él fueron estas: “He sabido que tal señor se encuentra también muy enfermo. Tal vez se muera. He ofrecido todos mis dolores y sufrimientos porque él se salve; rece mucho por el alma de... rece mucho”. Y no volvió a hablar.

Días después quise saber lo que había pasado, me miró, se sonrió y nada más. Sólo me dijo que había que rezar mucho por aquella persona. Sus impresiones sobre el último golpe que lo llevó a la tumba jamás las dijo a nadie. Se enterraron con él. Sólo me dijo, hay que rezar mucho por los que calumnian porque corren mucho peligro en la otra vida.

Es esta la última respuesta del Padre a los que no le quisieron bien. Ofreció sus dolores y pidió que rezáramos por ellos. Es esta también la explicación de la tranquilidad con que sufría. Se sacrificó por sus semejantes hasta los últimos momentos de su vida. Para él no existieron enemigos sino que amigos a quién servir.

Carlos Hamilton

El verdadero concepto de "Justicia Social"

Desde que S. S. Pío XI en la Encíclica "Quadragesimo anno" (1931) fijó con mayor precisión los principios de la ética social, proclamados por León XIII en 1891, en la "Rerum Novarum", el binomio "justicia social" está de moda. Pero, como el Papa no da una perfecta definición de la misma, los intérpretes doctrinales de la Encíclica se han dividido con gran confusión en la aplicación práctica de los preceptos de la justicia social. Sobre todo interesa, para determinar con claridad el concepto verdadero de esta virtud, la respuesta a dos preguntas fundamentales: 1.º—¿Lo que los Papas llaman justicia social es una verdadera justicia, la virtud especial de este nombre, o se reduce únicamente a la equidad natural, o a un conjunto de actos de diversas virtudes que miran al bien común, como el patriotismo o la caridad? Y 2.º—¿Es una especie nueva de justicia o se confunde con alguna de las tres especies clásicas, o indica a veces una, y a veces otra especie de justicia?

De las dos respuestas saldrá una noción clara de, la Justicia Social y ya no habrá "excusables" en su aplicación concreta. (1).

LA JUSTICIA.—Justicia es un concepto que indica lo justo, lo que ajusta, lo que es exactamente proporcionado, conforme. En la sala estaban los justos: no cabía uno más. Peso justo 60 kilos. Estos zapatos me quedan al justo. La moral toma sus términos del modo común de hablar de los hombres. En este sentido amplio de conformidad (palabra justa: conforme a la verdad; observación justa: adecuada; operación aritmética, máquina justa, etc...), aplicado a los actos morales, justicia significa rectitud moral, virtud en general, perfección.

También la Sagrada Escritura llama justicia a la general

(1) Consúltese: S. S. Pío XI, Encíclica Quadragesimo anno.

S. S. Leon XIII — Rerum novarum.

Sto. Tomás. Summa Theol. 2-2; p. 58 et sep.

Vermeersch S. J. "Cuestiones acerca de la Justicia".

Brucculeri S. J. "Justizia sociale" "Civiltà Cattolica" Mayo y Abril, 1936.

Bencoechea, "El concepto de lo suyo" Miscelánea Vermeersch.

Donat S. J. Ethica generalis.

O. Schilling "Die sozialen Gerechtigkeit.

P. N. Noguer S. J. La Encíclica "Quadragesimo anno", Razón y fe. 1934.

Romo Vuoli — Justizia e Carità. XVII de Him. Soc. d'Italia. Roma 1934.

perfección sobrenatural: “**Justum deduxit Dominus per vias rectas**” (Sap. X-14); “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia”. (Mat. 5, 6), y el Señor predicaba que la justicia (santidad) del cristiano había de ser mayor que la justicia legal (santidad puramente exterior y formulista) de los escribas y fariseos. Así entienden los S. S. Padres éstos y otros textos bíblicos; y para San Agustín la justicia significa “*amorem Deo tantum servientem*”, el amor que sirve a Dios solo (De mor. Eccl. 15; P. L. XXXIV, c. 29). Pero Santo Tomás advierte que cristianos y paganos, con Aristóteles “*hanc justitiam appellant secundum methaphoram dictam*”. (2-2; q. 58, a 2) sólo llaman justicia a la perfección general del hombre y del cristiano usando de una metáfora.

El significado estricto y propio de justicia lo comprende la clásica definición de Ulpiano: “*Justitia perpetua et constans voluntas est ius suum unicuique tribuendi*”, es la voluntad perpetua y constante de dar a cada uno lo suyo”.

La justicia es un hábito, una virtud, según la cual el hombre da a cada uno su derecho.

La virtud se define por el objeto propio, específico. “La materia de la justicia es la operación exterior; según que la misma, o la cosa que usamos por ella, es proporcionada a otra persona a la cual nos ordena la justicia: esto se llama dar a cada cual lo suyo conforme a la exacta proporción como se le debe; y por eso el acto propio de la justicia es dar a cada uno lo suyo”. (S. Th. 2-2, 58, 11).

Los tres caracteres esenciales y propios de la justicia son: la “**ALTERIDAD**”, la “**OBLIGATORIEDAD**”, y la “**IGUALDAD**”.

La justicia es una virtud social, porque regula operaciones de los hombres entre sí: La “alteritas” exige distinción física o moral de los dos términos: el que tiene DERECHO a exigir y el que tiene la OBLIGACION correlativa de dar. “*Justitiae ea ratio est quia societas hominum inter ipsos et votae communitas continetur*”. (Ciceron-I-de Offic. De Justicia), porque, como dice San Tomás (q. 58, 2) “por lo mismo que la justicia importa igualdad, por su misma naturaleza exige el que sea con respecto a OTRO; porque nada es igual a sí mismo, sino a otro; y porque pertenece a la justicia rectificar los actos, es necesario que la igualdad que la justicia exige sea de diversos sujetos capaces de obrar”.

Así, los deberes de los padres con los hijos, y vice-versa, en cuanto padres e hijos (alimentación, cuidado, educación...), no son obligaciones de justicia, porque su fundamento no es el ser personas diversas, sino precisamente la unión de las personas. Pero si un extraño impide al padre el cumplimiento del deber de alimentar a educar al hijo, peca contra la justicia. (Vermeersch. 1. e.). Así veremos también cómo

se diferencian el patriotismo, la obediencia y la justicia legal.

La justicia obliga a un **DEBER ESTRICTO**, puesto que corresponde a un **ESTRICTO DERECHO AJENO**. Se trata de dar a uno lo que es suyo, lo que le pertenece. La gratitud hace remunerar algo que el otro dió. La justicia lo que el otro con derecho estricto reclama como propio. "El objeto propio de la justicia es lo bueno bajo el concepto de debido". (2, 2-q. 73-3). No significa esto que las obligaciones de caridad, por ejemplo, no puedan ser graves. Puede haber pecados leves contra la justicia, y mortales contra la caridad. Pero la idea de justicia envuelve esa obligación estricta, moral y además jurídica, porque basada en el derecho inviolable del otro. Por eso Pío XI no admite, en la *Quadragesimo*, esas caridades de pantalla que vinieran a encubrir las injusticias.

La justicia pide igualdad. La igualdad tiene diversas medidas en las diversas especies de justicia. Pero exige siempre esa igualdad que ajuste exactamente el deber al derecho.

Ciertamente que la caridad es la perfección de la ley cristiana; pero la caridad incluye la justicia, no la reemplaza, porque "así como en el amor de Dios se incluye también el amor del prójimo así también en el servicio de Dios se incluye el que se dé a cada uno lo que se le debe". (S. Tomás, 2, 2-58, a. I, ad 6). La justicia es virtud tan excelente que "principalmente por ella se llaman buenos los hombres, porque en la justicia resplandece en sumo grado el fulgor de la virtud". (2-2, 58, 3).

DIVISION.—La justicia exige fundamentalmente la igualdad obligatoria entre dos personas, dos distintos sujetos de derecho. Las personas físicas y morales pueden tener directas e inmediatas relaciones de justicia entre sí. Pueden también las personas recibir lo suyo mediata e indirectamente, es decir a través del cuerpo social y de los bienes comunes, especialmente de las sociedades perfectas, Iglesia y Estado.

La Justicia **CONMUTATIVA** o *synalagmática* (Aristóteles) regula las relaciones jurídicas directas entre las personas, quienes en cuanto tales, son absolutamente iguales. Por lo tanto, en esta especie de justicia, el derecho y el deber estricto entre dos personas iguales debe medirse con rigor de igualdad. Y la medida exacta de la obligación le da el derecho correlativo sobre la cosa. Se llama conmutativa porque se aplica en los cambios y contratos, "*In conmutationibus*", y la igualdad debe ser absoluta: el salario debe corresponder exactamente al servicio, (considerado como producto humano); el precio al valor de la mercadería; la reparación a los perjuicios; la restitución del deudor al préstamo del acreedor, etc. Santo Tomás llama, a la conmutativa "justicia particular — en oposición a la legal o general — porque "or-

dena inmediatamente al hombre en cuanto a los bienes particulares', que relacionan "al hombre con otra persona particular" (58, 7). A la distributiva la llama particular porque se ordena al bien del individuo.

La justicia DISTRIBUTIVA regula la obligación de la sociedad (y el derecho de los socios) con respecto a la repartición de los bienes comunes, e indirectamente de las cargas públicas. Entre los bienes, impropriamente, sin embargo, se enumeran los oficios o puestos públicos. Hay aquí alteridad y estricta obligación.

Pero la medida de la igualdad no es absoluta, *ex-mensura rei*, como en la conmutativa, sino con relación geométrica, *rerum ad personas*.

Sería contrario a la justicia distributiva dar de los bienes comunes a todos por igual. "La igualdad está aquí". Taparelli, n. 357.

En proporcionar los oficios a las capacidades, las recompensas al mérito, los castigos al demérito y el orden real a las proporciones ideales de los medios al fin". "Por la justicia distributiva, dice Santo Tomás (2, 2-61, 2) se da algo a una persona privada en cuanto lo que es del todo es debido a la parte; en proporción tanto mayor cuanto más principal sea dicha parte. Por eso, en virtud de la justicia distributiva, se da a una persona tanto más de los bienes comunes cuanto más principal es en la comunidad". Esta "principalitas" debe medirse no por la importancia de sangre, apellido, fortuna, edad, sino por la mayor idoneidad para los oficios; mayor mérito para las recompensas; mayor miseria para los socorros. Siempre tomando en cuenta, primero el bien común, como en todo acto de la autoridad social; segundo asegurando el bien común por medio de la mayor igualdad proporcional entre los súbditos. Hay que tomar esto en cuenta para desvirtuar ese criterio tan corriente de que los puestos y oficios son recompensas y honores. Son cargos en pro del bien público y exigen idoneidad, más que antigüedad, méritos y años de servicio.

Es evidente que en la distribución puede faltar el superior no sólo a la justicia distributiva sino también a la conmutativa, cuando excede los límites de lo exigido por el bien común o de la capacidad de los súbditos. Entonces el Estado roba lo mismo que un particular porque arrebatada a otro lo que le pertenece, sin título válido. El hecho de ser ciudadano no priva al súbdito de su personalidad y del derecho de propiedad inherente a ella (ejemplos: la ley de esterilización alemana; una ley de impuestos excesiva, etc.).

La justicia distributiva "est directiva in distributionibus, alia (conmutativa) in conmutationibus" (2, 2-16-1). La primera regula las relaciones jurídicas del todo con respecto a las partes; y la segunda, las relaciones jurídicas de las par-

tes entre sí. Queda una tercera relación jurídica posible, y es la del derecho del todo sobre las partes y la correlativa obligación de justicia de las partes al todo. Esta virtud es la llamada por los antiguos JUSTICIA GENERAL O LEGAL.

Algunos confunden la justicia legal con la obediencia a las leyes (Molina); o con el conjunto de las virtudes cívicas (Bucceroni). Santo Tomás, con Aristóteles, dan suma importancia a la justicia legal, a la que los modernos han mirado en menos, tanto que Lugo se atreve a afirmar que sólo la conmutativa es verdadera justicia.

Los R. P. Vermeersch y Brucculeri S. J., resucitan y defienden con claridad espléndida la verdadera doctrina escolástica de la justicia legal.

No debe entenderse la justicia legal o general, como virtud "general" en el sentido de que no tenga una formidable específica propia y se reduzca al conjunto de actos virtuosos morales en cuanto tengan conexión con la sociedad o redundancia en la comunidad. La justicia legal es virtud general, CAUSATIVA, en un sentido causal.

S. Tomás expone su doctrina fundada en Aristóteles: "La justicia tiene por objeto ordenar las relaciones de los hombres entre sí, lo que puede ser de dos maneras: o considerando al hombre con relación con otros individualmente, o ya socialmente, en cuanto sirve a la sociedad y por medio de ella a los hombres de que está compuesta. Bajo estos dos aspectos pueden tener lugar la justicia SEGUN TODA LA PROPIEDAD DE SU NOCION. Porque es claro que todos los que están comprendidos en la comunidad, tienen con ella las relaciones de la parte al todo. Pero la parte, en cuanto tal, es del todo, de tal modo que el bien de la parte es una cosa del todo. Y entonces el bien de cualquiera virtud — ya discipline al hombre interior, o sea individualmente, o sea al hombre con respecto a los demás, es decir socialmente — puede siempre referirse al bien común, al cual nos ordena la justicia legal".

La justicia legal impera a las demás virtudes en orden al bien común. "Así como la caridad (S. T. 2, 2-58, 6) puede llamarse virtud general en cuanto ordena los actos de toda virtud al BONUM DIVINUM; así también la justicia legal, en cuanto ordena los actos de toda virtud al BONUM COMMUNE puede llamarse virtud general. Y así como la caridad que mira al bien divino como a objeto propio es una virtud especial por su esencia; así también LA JUSTICIA LEGAL ES UNA VIRTUD ESPECIAL SEGUN SU ESENCIA, POR CUANTO MIRA AL BIEN COMUN, COMO OBJETO PROPIO. Y así está "in principe principaliter et quasi architectonice; in subditis autem secundarie et quasi ad-

ministrative". "Et hoc modo loquitur Philosophus". (q. 58, 6).

Claro está que la alteridad es imperfecta en la justicia legal y distributiva, porque las partes están incluídas en el todo; pero existe alteridad porque la sociedad, persona jurídica, es jurídicamente distinta de las personas ficticias que la componen y de las personas morales inferiores, si es sociedad compuesta y perfecta.

Y como es distinto el derecho de la parte sobre la parte; de la parte sobre el todo y del todo sobre la parte, tenemos que hay tres especies adecuadas de la virtud especial de la justicia. Y nada más que tres. Por lo tanto después de demostrar que la justicia social es verdadera justicia deberemos reducirla a una de estas tres especies y se verá claramente que coincide con la legal, bien entendida.

JUSTICIA SOCIAL.—Por primera vez aparece esta expresión en la Encíclica "Jucunda sane" de 12 de Mayo de 1904, en que S. S. Pío X exalta la figura medioeval de San Gregorio Magno, como "Publicus justitiæ socialis adsertor", público defensor de la justicia social.

Pío XI, en Carta del Cardenal Gasparri, secretario de Estado al General De Castelnau, alaba la obra de los Círculos de obreros católicos, que forma un núcleo que podrá promover "las soluciones pacíficas de la **justicia social**". Al Presidente de las Semanas sociales de Francia (20-VII-1929) escribe alabando la institución que "recuerda y determina las exigencias de la moralidad personal, de la **JUSTICIA SOCIAL** y también de la caridad, en las nuevas formas de organización del trabajo, etc. "Tres cosas distintas: la moralidad individual (conjunto de virtudes morales), la caridad y la justicia social. (!) En Carta del Cardenal Gasparri a Duthoit (Sem. social de 1928) el Papa afirma que "en la proporción en que la caridad triunfa del egoísmo, el sentido social se afina y la **JUSTICIA SOCIAL, QUE ES LA VIRTUD ORDENADORA DE LOS ACTOS EXTERIORES DE TODAS LAS DEMAS VIRTUDES AL BIEN COMUN**, adquiere una eficacia más operativa. "El Cardenal Pacelli, nuevo Secretario de Estado escribe a nombre del Sumo Pontífice a la Presidencia de la Semana social francesa de Niza: "La justicia social y la caridad social son virtudes. La primera **INCLUYE** también el ejercicio de las otras, porque **CONSISTE EN EL DIRIGIR AL BIEN COMUN LOS ACTOS EXTERIORES**". Por lo menos nueve veces nombra expresamente y otras tantas equivalentemente la Justicia social la **Quadragesimo**..

Aplicando a los textos de la Encíclica, en que señala

deberes de justicia social y da ejemplos del papel de esta justicia y asimismo a las definiciones pontificias ya dadas, los caracteres genéricos de la justicia y los específicos veremos que se identifica con la justicia general.

A propósito del Salario familiar:

“Es necesario esforzarse porque los padres de familia perciban un salario tal que baste para proveer convenientemente a las comunes necesidades domésticas. Que si en las circunstancias presentes de la sociedad no será siempre fácil hacerlo, la JUSTICIA SOCIAL exige que cuanto antes se introduzcan las mutaciones que aseguren a cada obrero adulto tales salarios”.

Hay que tomar en cuenta el bien público:

“Es por lo tanto contrario a la JUSTICIA SOCIAL que por cuidar demasiado de las ventajas propias sin tomar en cuenta el BIEN COMUN se alce o rebaje demasiado el salario de los obreros”.

Para determinar el verdadero principio regulador de la vida económica, el Papa condena los principios liberales de la libre concurrencia y los reemplaza por el verdadero principio:

“Se deben por lo tanto buscar principios más altos y nobles por los cuales pueda ser rigurosamente y totalmente gobernada esta hegemonía: y tales son: la JUSTICIA y la caridad sociales. Por lo que es necesario que las instituciones de los pueblos y la entera vida social se inspiren en la JUSTICIA SOCIAL”.

El Papa afirma que el capitalismo en sí no es fundamentalmente ilícito, pero se presta a graves abusos, “cuando el capital une a sí a los operarios con el fin y con la condición de disfrutar a su arbitrio y para su propio interés las empresas y toda la economía, sin hacer caso ni de la dignidad humana de los obreros (fundamento del derecho), ni del carácter social de la economía (bien común), ni de la misma JUSTICIA SOCIAL y del bien común”.

Y en otra parte: “Es menester que las riquezas, se atribuyan a los individuos particulares y a las clases de modo que se salve aquella utilidad común de todos, preconizada por León XIII, o con otras palabras, para que se resguarde intacto el bien común de toda la sociedad. Por esta LEY DE JUSTICIA SOCIAL no puede una clase excluir a otra de la participación de las utilidades...”.

“Que si esta ley se viola por la clase de los ricos cuando... estiman natural un orden de cosas en que todo viene en favor suyo y nada para el obrero; no menos se viola cuando la clase proletaria lo exige todo como producto de sus manos”. Violación de la justicia CONMUTATIVA (un in-

dividuo de otro, una clase de otra exigen como exclusivamente suyo lo que no es totalmente suyo: robo), violación de justicia conmutativa prohibida por la justicia social.

Recta distribución de la riqueza:

“A cada uno debe atribuírsele su parte de bienes, y es menester procurar que la distribución de los bienes creados, la que hoy todos ven cómo es causa de malestar por el grave desequilibrio entre los pocos extrarcos y los innumerables indigentes, sea corregida según las normas del bien común y de LA JUSTICIA SOCIAL”.

¿Qué entiende el Padre Santo por Justicia Social?

No es simplemente como entienden los políticos, un recto orden social, un estado de cosas, como Mussolini, en sus discursos de 1934 en Bari y en Milán: “Por alta justicia social” entiende: “el trabajo asegurado, el salario justo, la casa decorosa, etc...”. Es un estado social éste, asegurado sí por el cumplimiento de los deberes de justicia social, pero no es la misma virtud sino su resultado.

No es, como quiere el P. E. Pesch, un conjunto de actos virtuosos con beneficio social, ni significa el conjunto de las virtudes que forman al buen ciudadano. Vermeersch admite las dos acepciones, ésta y la que identifica la justicia social con la legal.

Mucho menos se puede reducir, como piensa el P. Rutten O. P., a la simple virtud de la EQUIDAD, que tomada en el sentido moderno es un intermedio entre la justicia y la caridad y que, por atenuar el rigor de ambas virtudes, impone una obligación más tenue y ligera. El Papa habla de obligación estricta, cuya violación implica “injusticia” (n. 4 Introd. de la Encíclica y textos ya citados). Hablando de relaciones entre capital y trabajo, dice: “Las relaciones que anudan el uno al otro deben ser reguladas por las leyes de UNA EXACTISIMA JUSTICIA CONMUTATIVA”... Invita a “restaurar la sociedad según el espíritu de la Iglesia, afianzando la justicia social y la caridad social”. No se trata, pues, de obligaciones sólo de caridad ni menos de una virtud vaga, imprecisa, intermedia, como la equidad. Sino de la verdadera virtud especial de la justicia. No es tampoco una nueva especie de justicia, como quieren Messner y O. Shilling; ni tampoco es la misma justicia distributiva, porque ésta mira al bien particular y S. Tomás por eso la contradistingue con la justicia general que mira al bien común. Por otra parte, se ha visto ya que la triple división clásica es adecuada y completa.

La Justicia Social es “AQUELLA VIRTUD QUE NOS OBLIGA A CUMPLIR POR EL BIEN COMUN TODO ACTO VIRTUOSO AL QUE EL HOMBRE NO PUEDE SUSTRAR SE SIN VIOLAR EL DERECHO DE LA SOCIEDAD SO-

BRE LA COOPERACION DE SUS MIEMBROS''. (Portal-Mor al sociale generale, cit. por Brucculeri). Y esta justicia se identifica con la justicia general o legal de S. Tomás, que tiene imperio sobre las demás virtudes en orden al bien común en virtud del derecho del todo sobre las partes.

El objeto material de la justicia social o legal lo forman todos los actos virtuosos externos útiles al bien común. Pero la justicia social tiene un OBJETO FORMAL propio, específico que la distingue del PATRIOTISMO, LA OBEDIENCIA y la CARIDAD con quien tiene semejanzas de objeto material.

La "pietas erga patriam" nos obliga a ser útiles a la sociedad PORQUE es principio de nuestra existencia. Y este hecho funda obligaciones de piedad, gratitud, benevolencia. La Justicia social nos obliga a ser útiles a la comunidad PORQUE ESTA TIENE **DERECHO** A EXIGIR LA COLABORACION DE SUS MIEMBROS. Y esto causa no sólo un imperativo moral, sino además UNA ESTRUCTA OBLIGACION JURIDICA, correspondiente al derecho inviolable de la persona moral pública.

La sociedad tiene obligación estricta de cumplir su fin social; por consiguiente tiene derecho estricto a la colaboración de sus miembros, que es necesaria para su fin; de donde nace la estricta obligación jurídica, de justicia, de los miembros con respecto a la sociedad.

Sujeto de esta virtud, architectonice et primarie, como diría S. Tomás, es la autoridad pública, que debe dar leyes constructivas de la armonía social, por el bien común y administrativa, secundaria, los súbditos, que deben ejecutar lo que determina la ley natural o la justa ley civil en orden a las exigencias del bien común. Las normas negativas de justicia social obligan a todos y semper ac pro semper, siempre y en cada momento.

La obediencia obliga por razón de la potestad del superior sobre la voluntad del súbdito, no tiende ad aequalitatem, ni exige alteridad y ni siquiera poder público. Además la obediencia supone siempre el precepto. La justicia social obliga aun antes del precepto positivo y se funda en el derecho social.

La noción de justicia social tiene perfectamente los tres caracteres de ALTERIDAD, OBLIGATORIEDAD E IGUALDAD de la justicia.

Alteritas, porque hay verdadera distinción entre los miembros, personas físicas o morales inferiores y la sociedad, persona jurídica superior. Obligatorietas, porque nace del derecho estricto de la comunidad sobre sus miembros en orden al fin social; y aequalitas, por la relación exacta en-

tre la exigencia del bien común y las prestaciones del individuo, *aequalitas rei ad bonum commune*.

La justicia social o general, tiene "imperium", poder sobre las demás virtudes, sin exceptuar ninguna. De modo que se disipa la confusión que nace para algunos autores de que el Papa hablando de deberes de justicia social, indique a veces obligaciones de justicia conmutativa o distributiva, como en algunos textos ya citados. Porque la justicia general impera también actos de las otras especies de justicia, en cuanto son ordenables al bien general. "Las instituciones de los pueblos — dice la *Quadragesimo* — deberán venir adoptando la sociedad entera a las exigencias del bien común, es decir a las leyes de la justicia social". Y "porque si hablamos, dice el Angélico, de la justicia legal, como para el bien común serán necesarias operaciones de todas las diversas virtudes, todas caen bajo el imperio de la justicia social. Y por eso Santo Tomás de Aquino aplica a la justicia general el apotegma de Cicerón: "*In justitia virtutis splendor est maximus, ex qua boni viri nominantur*", es evidente que **ES LA MAS PRECLARA ENTRE LAS VIRTUDES MORALES**; en cuanto el bien común prevalece sobre el bien singular de una persona; y según esto el Filósofo (in 5 *Eth.* c. 1) dice que "parece ser la justicia la más eminente de las virtudes y ni la estrella de la mañana ni el lucero de la tarde son tan admirables". (*S. Th.* 2, 2-58, 12).

Y así también afirma Aristóteles en el lib. I *De Reth.*, c. 9: "Es necesario que las principales virtudes sean las que son más útiles, por cuanto la virtud es una potencia bienhechora: por esto se honra sobre todos a los fuertes y a los justos; porque la fortaleza es útil en la guerra; y la justicia, en la guerra y en la paz". "*Haec enim una virtus omnium est domina et regina virtutum*": esta virtud es la señora y reina de todas las virtudes (*Cic. De officiis-De Justitia III, 6*). "*Maius et divinius est bonum multitudinis quam bonum unius*": es mayor y más divino el bien de la multitud que el bien de uno solo (*De Reg. Princip. 1. 1, c. 9*). Y la razón que da el Santo Doctor, comentando a Aristóteles, es que el preocuparse por el bien común nos da mayor semejanza con Dios Nuestro Señor. (*Eth. 1, 1. lectio 2*).

La justicia social dirige haciendo obligatorios actos libres de otras virtudes, o les da un nuevo título de obligación si ya eran obligatorios. Dirige al bien común también a la misma virtud de la equidad.

La caridad es distinta de la justicia social. La justicia mira al alter, al otro. La caridad, al alter ego: al otro yo. La justicia da a otro lo que es de él; la caridad da de lo

propio y se da a sí misma por el "prójimo". La caridad no puede reemplazar a la justicia; pero debe animar al hombre a cumplir primero sus deberes de justicia y después llenar las lagunas de miseria que no alcanza a cubrir la justicia y que perfecciona y colma sólo la caridad.

"El amor del prójimo — escribe Don Sturzo (Esai de Sociologie, París, 1935) es un vínculo social, que refuerza todos los demás, del económico al político, del nacional al internacional, del familiar al religioso. El amor no niega ningún derecho, pero los hace menos rígidos; no disminuye los deberes, pero los hace agradables; no altera ninguna preeminencia social, pero suprime las distancias; no disuelve las desigualdades materiales, pero las ordena dentro del plano de la igualdad de naturaleza".

La caridad supone la justicia; así como ayuda a cumplirla.

La justicia social no sólo se aplica al bien común nacional; sino también a la entera comunidad humana internacional. Y da la clave para resolver todos los problemas, que no ha podido desatar Ginebra.

Dejemos terminar al P. Brucculeri: "A propósito de Ginebra, se ha escrito y proclamado que si América, Alemania y Japón formaran parte de ella, entonces llegaríamos a una nueva edad de oro; es decir a la seguridad colectiva y a la organización de la paz. ¿Tendremos necesidad de decir, que si no entra en la S. D. N. también la JUSTICIA SOCIAL, seguiremos nadando en el mar de las quimeras?"

El mejor tónico cerebral

F i t o s a n

del Instituto Sanitas.

A base de fósforo, calcio y magnesio.

La formación intelectual según Dewey

Los admiradores de Dewey piensan que su mayor contribución pedagógica consiste en haber desplazado el problema educativo del "teaching" (enseñar) al "learning", (aprender) pues Herbart y sus colaboradores habían insistido tanto sobre el primer aspecto que los estudios sobre el "learning" apenas si se ocupaban del aprendizaje motor y perceptual según los métodos de la escuela behaviorista. Dewey en cambio ha dado al problema del aprendizaje el sitio de honor que le corresponde en pedagogía y ha contribuído poderosamente a orientar la enseñanza en un sentido más realista, más humano, más práctico.

El fin de la formación intelectual según Dewey no es el almacenar conocimientos, sino el formar en el individuo un hábito de pensar, el despertar en él la actitud científica, el pensamiento reflejo. "Llenar nuestras cabezas como un escape con nociones hechas, no es pensar. El fin de la educación es la formación de hábitos de pensar disciplinados, cuidadosos y llenos de vida".

El simple contacto con una realidad no es pensar. El pensar supone, además, según Dewey, la consideración de las consecuencias que se desprenden del hecho en cuestión y por tanto una cierta identificación de nuestra persona con el resultado de las acciones que consideramos. Un sujeto del todo indiferente respecto al resultado de una acción no puede decirse que piense. Esta conclusión extrema es una muestra de la tendencia pragmatista de Dewey, tendencia exagerada, pero que es con todo una fuente de interesantes sugerencias.

Para realizar este ideal del pensamiento reflejo se ha de poner al niño en un ambiente tal que la experiencia sea posible.

Los problemas "escolares" escogidos por el profesor no son ordinario problemas reales, sino medios disimulados para instruir. El ambiente de la escuela tradicional no es propicio para que se despierten verdaderos problemas en el alma del niño. Fuera de la escuela el niño es extraordinariamente curioso y muy poco cuando se trata de que aprenda sus materias de estudio. La solución consistiría en que la escuela se transforme en un ambiente que reproduzca la vida real del niño que le ofrezca problemas reales y ocasiones de aumentar su experiencia.

“Una onza de experiencia vale más que una tonelada de teoría, porque solamente en la experiencia adquiere la teoría una significación verdadera y vital”. Toda experiencia no conduce, sin embargo, a un mismo grado de pensamiento reflejo. Hay la experiencia vulgar, que nos encamina a la solución de un problema mediante ensayos y errores. Esta responde al adagio vulgar: “echando a perder se aprende”; ella nos enseña el hecho de que un camino es conducente a un fin determinado, pero no nos dice nada sobre la naturaleza de dicho fin. Y hay la experiencia refleja, la experiencia propiamente científica, que descubre el camino, la relación entre dos hechos entre dos situaciones y al propio tiempo el porqué de dicha solución. Desarrollar este segundo tipo de experiencia es, para Dewey, dar al niño la gran arma de que necesitará en la vida.

¿Cuáles son los elementos comprendidos en este tipo de experiencia? Dewey los describe admirablemente en el hermoso libro **How we think**, traducido al castellano como a tantas otras lenguas y profundido en estos últimos años por su autor. En sus grandes líneas este procedimiento podría esquematizarse así: I) Perplejidad, duda, confusión debida al hecho de encontrarse uno implicado en una situación incompleta que no conoce aun en su totalidad; II) El observador aventura, una interpretación provisoria de los elementos del problema, interpretación fundada sobre todo en la consideración de las probables consecuencias de sus actividades; III) A esto sigue un examen riguroso, una inspección, una exploración, un análisis de todas las consideraciones a mi alcance para esclarecer el problema que se me ha ofrecido; IV) El observador da un paso más y aventura una hipótesis provisional que tenga en cuenta todos los hechos observados y que los explique todos; V) Entre las distintas hipótesis presentadas escoge la que cuadra mejor con los hechos observados, la toma como hipótesis de trabajo y procura ver hasta donde cubre todos los casos nuevos que se van presentando dentro de su esfera. Esta hipótesis subsiste en pie mientras no venga otra más amplia que incluya la explicación de hechos hasta entonces inexplicables.

Toda la enseñanza, incluso la científica piensa Dewey que debería darse partiendo de las experiencias ordinarias del niño. El trabajo en el jardín serviría de introducción a la botánica y a la química; el de la cocina, a la física, etc. Ahora en cambio se enseña cargando la cabeza de los niños con definiciones abstractas incomprensibles y por tanto inútiles. Dewey nos cuenta a este propósito una anécdota interesante. “Yo oí una vez a una señora muy inteligente que decía que no sabía cómo se podía enseñar las ciencias a los pequeños, pues-

to que no veía cómo podían comprender lo que son los átomos y moléculas. En otras palabras, ella no creía posible el aprender nociones abstractas ya que no veía cómo podrían ser ligadas a la experiencia ordinaria”.

La organización del plan de estudios

El desarrollo del pensamiento reflejo en el niño supone necesariamente una reforma del plan de estudios. La escuela tradicional ha perdido el contacto con lo que el niño ha visto, ha sentido, ha oído, con las necesidades y las aspiraciones del niño: su enseñanza es por tanto formalista y simbólica.

Una reforma supone en primer lugar que la materia sea asociada a las iniciativas del niño; que más bien que un ejemplo que copiar, una lección que repetir de memoria, sea una sugestión tocante las actividades a las cuales el niño pueda entregarse, como también el camino que se ha de seguir para obtener la solución. Esta concepción del plan de estudios deja en primer lugar las experiencias del niño. Si esto es así, una objeción se ocurre espontáneamente: ¿cómo va adquirir el niño la cultura, la disciplina y la información necesaria? Dewey se encarga de responder diciendo que “la cuestión estaría bien puesta si no hubiese otro camino que el de excitar y satisfacer siempre los intereses del niño, pero hay otro camino que se nos ofrece: dirigir las actividades del niño dándoles el ejercicio que les conviene y conduciéndolas al fin que se pretende. “Dewey reconoce que el desarrollo del niño pasa por tres etapas. Una primera en la cual el niño no aprende más que para obrar: ella se manifiesta por el juego, el trabajo espontáneo, la familiaridad con las cosas, la abundancia de conocimientos que conciernen la acción. Una segunda etapa en la cual interviene otra persona que extiende estos conocimientos son generalizados y organizados en materias racional y lógicamente determinadas. La pedagogía de la Educación Nueva exagerada parece querer que el niño se detenga en la primera etapa; la pedagogía antigua quiere al contrario que el niño salte directamente a la tercera. Las dos concepciones son unilaterales y por tanto incompletos. Dewey pretende que se observen las tres, cada una a su debido tiempo.

Es interesante constatar este carácter moderado de la posición de Dewey pues ordinariamente se le sitúa en la extrema izquierda, siendo así que su posición es muy moderada en este respecto. En un interesante artículo **How much freedom in New Schools** recalca deliberadamente esta actitud: “En algunas escuelas progresivas el miedo de todo lo que es impuesto por el adulto se ha convertido en una verdadera fobia. Cuando analizamos esta actitud vemos que ella signifi-

ca simplemente el preferir una experiencia precoz y no desarrollada a una experiencia madura y reflexionada; ella ofrece como medida algo que por su misma naturaleza no puede medir con seguridad ni ofrecer un criterio cierto”.

Los programas lejos de merecer la reprobación de Dewey representan para él lo más selecto entre las adquisiciones de la humanidad en el curso de los siglos. Convendría únicamente reorganizarlos teniendo en cuenta los intereses del niño. Según él “la rebelión contra los estudios y las lecciones formales no puede ser eficazmente completada sino mediante el desarrollo de una nueva materia de estudio tan bien o mejor organizada, que la antigua, y que tenga una relación íntima y creciente con la experiencia del niño en la escuela. El fracaso relativo de los ensayos pedocéntricos muestran cuán unilaterales han sido las tentativas de reforma. “El gran problema educacional desde el punto de vista administrativo, es el de asegurar la unidad de todo el proceso, en vez de una sucesión de elementos aislados o sobrepuestos y de reducir así las pérdidas provenientes del roce, repetición y transiciones entre las distintas materias desligadas entre sí. “Ya en una de sus primeras obras **School and Society** había estampado Dewey esta misma idea: El problema de la enseñanza es guardar la experiencia del estudiante moviéndose en la dirección conocida de antemano por el educador”. Por esto, Dewey no excluye el libro del proceso educativo, sino que dice que es dañino como un reemplazante de la experiencia, pero un gran auxiliar para extender el campo de la misma experiencia.

El principio de Dewey se resumiría, pues, diciendo que la enseñanza debe comenzar con las ocupaciones activas que tengan un origen y una finalidad sociales y que hay que proceder con clarividencia científica en las materias y en las leyes implicadas, adaptando a la experiencia directa, inmediata de los niños las ideas y los hechos comunicados por los que tienen una experiencia más vasta.

La Metodología

La metodología de Dewey no es más que la aplicación de este principio. El problema del método se reduce para él al problema del desarrollo de las capacidades e intereses del niño. Ahora bien, él piensa que en el desarrollo del niño el aspecto activo precede al aspecto pasivo, que la expresión sobreviene antes que la impresión consciente; el desarrollo muscular antes que el sensorial.

Si se sigue en el desarrollo del niño la evolución natural de sus intereses se podrá contar con su actividad. El defec-

to fundamental de la pedagogía corriente es que ella ha descuidado este principio y para desarrollar las capacidades racionales del niño ha creído que lo mejor era presentarle símbolos arbitrarios ya formados. Los símbolos son una necesidad para el desarrollo mental, puesto que permiten economizar el esfuerzo, pero, presentados por ellos mismos, son la fuente de una serie de ideas arbitrarias, vacías de sentido e impuestas del exterior.

En su metodología Dewey presenta la vida social del niño como el punto central en todo el proceso de su desarrollo. Ella es la que ha de indicarnos el momento oportuno para introducir al niño en los estudios especiales de lectura, de escritura, de geografía. Si se introduce al niño antes de tiempo en estos estudios se viola la naturaleza del niño y se hace muy difícil la adquisición de mejores resultados morales. Las etapas de los estudios que corresponden a los intereses naturales del niño son según Dewey una primera consagrada a los trabajos manuales, una segunda a la historia y a la geografía y finalmente, una tercera a la ciencia.

Las ocupaciones manuales suministran una materia de conocimientos muy aptos para los primeros años de la vida del niño. Ellas se manifiestan sobre todo en la forma lúdica. Muchos pedagogos no toleran la idea que el juego pueda ser al propio tiempo estudio; Dewey en cambio piensa que el juego y el trabajo no son más que dos manifestaciones del mismo proceso. El juego tiene como característica no el placer, ni la ausencia de finalidad, sino el que la finalidad permanezca en la actividad misma. En cambio las actividades empleadas más bien teniendo en consideración un resultado extrínseco a la actividad misma constituyen el trabajo. Psicológicamente, pues, el juego no es más que una actividad que supone la consideración de los resultados como parte del misma actividad. La educación debería aspirar a que el niño hiciese todo de manera que la actividad quedase inmanente en la misma acción, esto es que todas sus actividades tuviesen las características del juego.

La Historia y la Geografía

En su Credo Pedagógico — primer esbozo de sus sistema educacional — sostenía Dewey una idea por la que siempre ha luchado, que el valor educativo de la historia reside en que nos presenta los aspectos de la vida y de la evolución social. Considerada únicamente como una sucesión de acontecimientos la historia es algo lejano, muerto. Considerada como análisis de la vida y del progreso social del hombre adquiere significación humana. Pero para presentar la his-

toria bajo este aspecto es necesario que el niño sea introducido directamente en la vida social.

Estudiar la geografía es enriquecer la facultad de percibir las conexiones especiales naturales de los actos humanos; estudiar la historia es profundizar sus consecuencias humanas. La geografía como estudio sistemático no es otra cosa que el cuerpo de hechos y de principios que han sido descubiertos por las experiencias de otros hombres sobre el medio natural en el cual vivimos y que explica naturalmente los actos más ordinarios de la vida. Y la historia como ramo de estudio no es otra cosa que el conjunto de hechos conocidos sobre las actividades y los trabajos del grupo social en el cual vivimos y que arroja luz a nuestras costumbres e instituciones.

La tierra vista como la casa del hombre es algo que humaniza y que ofrece unidad; vista como una miscelánea de hechos es algo inerte. La luz del sol, el aire, el agua, las desigualdades del terreno, las industrias, los oficios públicos son cosas que se encuentran en cada aldea. Considerados como si su significación comenzara y terminara en esos límites no pasan de la categoría de hechos curiosos que hay que aprender de memoria. Como instrumentos para extender los límites de la experiencia que nos revelan pueblos y cosas extrañas para nosotros, estas mismas cosas adquieren una significación nueva altamente educadora.

Dewey sostiene que no hemos de insistir tanto en la historia política, en la serie de gobiernos que se han sucedido, de las guerras que se han efectuado y de los tratados que han sido suscritos. Hemos de insistir en cambio mucho más en los descubrimientos industriales y en su influencia en la vida social y en la organización política y en el desarrollo intelectual de la humanidad. La historia económica es más humana, más democrática y más liberal que la historia política. Se ocupa no del surgir y caer de los príncipes y gobiernos, sino del crecimiento de las libertades económicas mediante el dominio de la naturaleza. Y en otro lugar dice: Empezamos ahora a darnos cuenta que los grandes héroes que han hecho progresar la humanidad no son los políticos, los generales, y los diplomáticos sino los inventores y los hombres de ciencia que han puesto los instrumentos de la experiencia en manos del hombre, y los artistas y los poetas que han celebrado sus luchas, sus triunfos y sus derrotas.

La enseñanza de las ciencias

La enseñanza de las ciencias representa la última etapa de la metodología de Dewey. Ella exige un esfuerzo para

dar a nuestros conocimientos una forma tal que los vínculos lógicos de los diversos hechos sean evidentes. La forma científica es un ideal que ha de ser alcanzado, no un punto de partida; obrar de otra manera sería suministrar símbolos sin dar la clave de su significación. En la escuela tradicional, piensa Dewey, el alumno aprende una ciencia en vez de aprender el camino científico de tratar el material ordinario de la experiencia cotidiana. La ciencia experimental significa la posibilidad de usar las experiencias pasadas como sirvientes, no como señores de la inteligencia. Significa que la razón actúa dentro de la experiencia y no fuera de ella para modificarla de una manera inteligente y razonable.

Y el camino para aprender la ciencia no varía del indicado para aprender la historia y la geografía hay que partir de las experiencias del alumno y desarrollar desde allí un camino de experiencias. Y puesto que los alumnos no llegarán nunca a ser en su mayoría especialistas en ciencias es mucho más importante que lleguen a darse cuenta de lo que es el método científico, que no el que aprendan de memoria la larga lista de los resultados a que han llegado los hombres de ciencia. Y no es aventurado afirmar que aun los pocos que han de seguir una carrera científica se encontrarán mejor preparados por este camino que si hubiesen asimilado una gran abundancia de material técnico de carácter puramente simbólico.

El estudio de la lengua Patria

Dewey critica la concepción que hace del lenguaje únicamente un medio de expresión del pensamiento, de adquirir conocimientos y de exteriorizar lo aprendido; en cambio se esfuerza por mostrar su razón de ser social.

«Cuando el lenguaje es considerado como un elemento de la vida social hay un continuo contacto con la realidad. El resultado es que el niño siempre tiene algo en su cabeza sobre qué hablar, un pensamiento que manifestar... y un pensamiento no es un pensamiento si no es mío... Hay una diferencia enorme entre tener algo que decir y tener que decir algo. La lectura y la escritura no menos que el lenguaje oral han de ser enseñados sobre la misma base.

Las artes

Dewey ha sido acusado con frecuencia de descuidar los valores que no tienen un fin eminentemente material. El se defiende con todo de esta inculpación y da un sitio en la educación a las artes y a la literatura. Según él la imagina-

ción es una parte tan moral y tan integrante de la actividad humana, como la actividad muscular. “La literatura, la música, el dibujo, la pintura tiene la misión en un grado muy elevado de fijar el gusto, de formar normas para apreciar las experiencias posteriores. Además, representan ellas plenamente la concentración de elementos de belleza que de otra manera sólo se encuentran aislada e incompletamente. No son lujos educativos, sino expresiones enfáticas de aquello que hace que la educación sea digna”

Su concepción humanista

Dewey ha sido uno de aquellos que ha insistido más en mostrar el valor humanista de todo conocimiento que contribuye a liberar la inteligencia humana y a estrechar los lazos de simpatía entre los hombres.

La idea que el conocimiento “aplicado” es menos digno que el conocimiento “puro” fué natural en una sociedad en la cual todo el trabajo útil fué realizado por los esclavos y los siervos. Es difícil encontrar algo más irracional en la historia que las prácticas educacionales que han identificado exclusivamente las humanidades con la enseñanza del griego y del latín. El arte y las instituciones griegas y romanas hicieron tan importantes contribuciones a nuestra civilización que sería difícil no reconocer las grandes ventajas de ponerse en contacto con ellas. Pero mirarlas como los estudios humanistas por excelencia envuelve un positivo desprecio hacia las materias más técnicas y positivas, las únicas accesibles a las masas... El conocimiento es humanista no porque se refiere a cosas humanas del pasado, sino por cuanto contribuye a liberar la inteligencia humana y a vincular la simpatía entre los hombres. Cualquiera materia que sirve para obtener este efecto es humanista y la que no lo consigue no merece llamarse educativa. Estas ideas de Dewey tienen extraordinaria semejanza con las expresadas en la obra más acabada sobre la formación humanista escrita estos últimos años, “L’humanisme et l’humain”, de que es autor el jesuíta francés P. Charlot.

Estas son rápidamente bosquejadas las principales ideas que nos expone Dewey sobre la formación intelectual. En sus últimas obras aparecen integradas en su filosofía pragmática, pero ciertamente ellas son intrínsecamente independientes de su sistema filosófico. El núcleo pedagógico de Dewey concerniente la formación intelectual nos aparece ya claramente

formado en una época en que estaba aun muy lejos de haber entrevisto el pragmatismo y el experimentalismo y en que adhería con toda su alma al hegelianismo absolutista, completamente opuesto en sus tesis fundamentales a las que sostiene ahora. Nada se opone por tanto a que también nosotros partidarios de una filosofía diferente de la de Dewey nos aprovechemos de estas doctrinas que no son fruto de un sistema filosófico, sino de su sentido común, de su talento práctico altamente desarrollado. Ellas serán un precioso instrumento para obtener "una cabeza bien formada más bien, que bien llena".

"ESTUDIOS" publicará próximamente:

- «Sangre y letra de Bergamín», por Roque Esteban Scarpa
- «Victor Pradera y el Estado Nuevo», por Osvaldo Lira.
- «La Economía dirigida en la Rusia soviética», por Alfonso Santa Cruz.

El Freudismo

¿Qué cosa es el Freudismo? Está muy de moda hoy hablar de él, hasta por aquellos que nunca han leído un solo libro de Sigismundo Freud.

¿Qué significa esta palabra? ¿Qué hay que pensar de este sistema filosófico? No es fácil tarea resumir la contestación en un breve artículo de prensa. Tanto más que el tema abarca materias delicadas que exigirían tratados especiales. Intentaremos, sin embargo, ciñéndonos a las líneas generales, resumir los datos esenciales de esta teoría esparcida en las numerosas obras del Doctor Freud.

Ya que la prensa popular se ha adueñado de la parte más vistosa de su obra para especular con ella, con escandalosa perversidad, juzgamos necesario poner las cosas en su lugar desde estas prestigiosas columnas.

Sigismundo Freud está hoy muy viejo. Nació de padres israelitas en 1856 en Moravia, actualmente provincia de Checoslovaquia. Finalizados sus estudios de medicina, se especializó en terapéutica de las enfermedades nerviosas, siguiendo en París las lecciones de Charcot, en Nancy las de Bernheim y llegó a ser profesor de la Facultad de medicina de la Universidad de Viena. Ejerció durante mucho tiempo, y también libremente su profesión en calidad de especialista de las neurosis, y finalmente en el año 1900 su actividad se orientó más decisivamente hacia el psicoanálisis.

En este campo tenía que labrar su fortuna y adquirir una fama universal.

¿Qué cosa es entonces el psicoanálisis? En los comienzos no fué sino un nuevo procedimiento derivado en parte de los métodos de Charcot y de Bernheim. Para sanar las neurosis en lugar de curar sus enfermos por medio del hipnotismo y de sugerir actos y convicciones opuestas a sus perturbaciones psíquicas, método a menudo aleatorio e imperfecto, Freud se puso a estudiar el inconsciente de los neuróticos para descubrir la causa de sus manías y hacer ver a ellos mismos su absurdidad.

(1) Traducido del "Osservatore Romano" del 23 de Marzo de 1936.

Por ejemplo, un enfermo siente una repugnancia invencible por la carne, y no sabe a qué atribuirlo. Sometiéndolo a un hábil interrogatorio que ocupa a menudo varias sesiones, el psiquiatra termina por descubrir que un día el paciente ha comido carne averiada que le ha causado un principio de intoxicación. Su inconsciente guarda de todo esto un residuo latente, que obra como inhibitivo en el sistema nervioso. Basta con hacer pasar este recuerdo en la memoria consciente para quitar en seguida el síntoma morboso, porque la conciencia despertada hace fácilmente la distinción entre carne sana y carne intoxicada.

El Doctor Freud logró de este modo curar varias enfermedades nerviosas y junto con esto recogió una documentación psicoanalítica que debía servir más tarde de base a un nuevo sistema de Psicología.

Del laboratorio del psiquiatra el psicoanálisis pasó así, casi naturalmente, al dominio de la filosofía. Considerado bajo este punto de vista más general, el psicoanálisis se puede definir, como el análisis del inconsciente.

Para simplificar, incluimos en el inconsciente también lo que Freud llama el preconscious y el subconsciente.

Así el inconsciente significa para nosotros el conjunto de aquellos fenómenos que tienen lugar en las profundidades del alma humana sin que esta tenga conocimiento de ellos. El problema consiste en individualizar este inconsciente.

El Doctor Freud imaginó tres medios principales de explicación y aquí precisamente reside la originalidad fundamental de su sistema. Estos tres medios son: el estudio de los actos frustrados, el estudio de los sueños y el estudio del instinto sexual.

Los actos frustrados

Los actos frustrados son las distracciones, los lapsus linguae o los lapsus calami, los cambios involuntarios de una palabra con otra, los olvidos, los gestos frustrados o reflejos.

En la vida ordinaria nosotros atribuimos todo esto a la desatención o al acaso. Freud por el contrario, encuentra en esto, pequeños hechos llenos de sentido, ya que ellos revelan la profundidad del alma. En este proceso Freud lleva sin embargo, al máximo sus deducciones. Del error más pequeño o de la más pequeña distracción saca las conclusiones más arbitrarias y fantásticas. No deja nada al acaso y a la libertad. Para él todos los actos frustrados están llenos de sentido: su insignificante apariencia esconde tendencias reprimidas cuyo dinamismo obra obscuramente sobre la voluntad.

Los sueños

Más fecunda en resultado fué la observación de los sueños, los cuales son por definición el reino de lo inconsciente, ya que el abandono de la supervigilancia intelectual le deja campo libre.

Así según Freud, cada sueño tiene un sentido. Cada sueño tiene su contenido latente que es su sentido verdadero. El contenido manifiesto no es más que la expresión disfrazada o mejor dicho simbólica. Naturalmente que pasando al análisis práctico, junto a muchas deducciones justas o a lo menos verosímiles, llegó pronto a algunos análisis ridículos que deslindaron con todos los lugares comunes en materia de sueños.

Cae tanto más fácilmente en la exageración, por el hecho que pretende explicar todos los sueños por la influencia del instinto genético. Y esto fué para Freud como un partido tomado de antemano y unido a un cinismo repugnante. El no vió en el hombre dormido más que la bestia y macho así irremediabilmente y con abominables análisis, las numerosas imaginaciones humanas.

La concupiscencia

El tercer medio imaginado por Freud para la exploración de lo inconsciente es el estudio del instinto sexual.

Vamos directamente a las conclusiones generales que él pretende sacar de las observaciones que su psicoanálisis ha hecho en este campo. Para muchos son ellas las que constituyen la esencia del Freudismo.

Freud cree que en la vida de todos los hombres el instinto sexual tiene una importancia mucho más grande que la que se ha atribuído hasta la fecha. Según él, su dominio empieza desde la primera infancia.

El buen sentido protesta ante estas perversas suposiciones de Freud. En realidad, partiendo de esta suposición errónea, le basta un poco de imaginación para llegar a las analogías y aproximaciones más inesperadas y dar así un sentido equívoco a los actos más inocentes.

Sin duda desde la primera infancia, como con análisis finísimo explica San Agustín, en los primeros capítulos de las CONFESIONES, el niño manifiesta inclinaciones malas que son la consecuencia del pecado original: voracidad, egoísmo, celos por su hermano de leche, etc., etc. Pero pretender descubrir en estos defectos de la edad las relaciones que cree en-

contrar Freud, es una aberración contradicha por la psicología en general, y por la psicología infantil en particular. Esto proviene evidentemente del hecho que Freud interpreta todas sus observaciones acerca de la infancia, con sus propias concepciones de adulto. Falta de objetividad sorprendente en un positivista.

La sublimación

Con mucha más razón en el adulto, Freud ve el instinto sexual en todo. Partiendo de la tesis que todo amor es sexual él atribuye a la sexualidad el amor de sí mismo y hasta el apego a los objetos concretos y a las ideas abstractas. No basta; sino que hasta la voluntad de resistir a los impulsos sexuales.

Sí. Hasta lo que contraría más a este instinto. Porque según él, no es a lo menos indirectamente, sino el mismo instinto desviado de su primer fin y por un juego siempre inconsciente, aplicado a otros fines. Es lo que Freud llama el fenómeno de la sublimación.

Lucha contra las pasiones, dicen los moralistas, substitución de un fin noble y santo a los malos deseos, victoria del espíritu sobre la carne.

No, responde Freud, sino simplemente la dirección del instinto sexual hacia metas diferentes. Y he aquí la explicación de las grandezas morales en la vida social, religiosa, artística.

Pero la sublimación es el caso raro, excepcional. Normalmente este cambio de dirección — y aquí la teoría se hace mucho más dañosa — conduce a la neurosis, al histerismo, a la demencia.

Conclusión

Todo esto no corresponde ni a los hechos ni a la experiencia de la humanidad. La teoría de Freud es demasiado simplista. No toma en cuenta la complejidad de la naturaleza humana ni el predominio que tiene el alma sobre el cuerpo.

Por si solas las consecuencias inmorales de la doctrina freudiana, serían suficientes para condenarla, a pesar de la parte de verdad y de observaciones justas que ella contiene.

En realidad no se han dejado de sacar estas desastrosas consecuencias. Una literatura popular ha vulgarizado, exagerándolas a su antojo, las ideas de Freud. El mismo ha protestado ante el pansexualismo que se le atribuye. Pero es

inútil que se defienda contra las aplicaciones sacadas de su psicoanálisis. De este fluyen lógicamente aquellas, habiendo él fundado su sistema en un determinismo materialista.

Constatamos, sin embargo, que en el mundo científico superior, el psicoanálisis freudiano no ha hallado, a pesar de todo, más que una acogida fría y llena de reservas.

Hoy también, y viviendo todavía el autor, ella está en plena decadencia. Los psicólogos no aceptan de esta doctrina más que ciertas luces proyectadas en el dominio de lo inconsciente, y rechazan en masa, las extravagancias y rarezas que Freud ha mezclado a sus observaciones, interpretándolas en el sentido de sus ideas inconscientemente preconcebidas.

Pablo Halflants

“EL DIARIO ILUSTRADO”

Las mejores informaciones del país y el extranjero.

Su página de redacción no tiene competidor

en el país

Escuche nuestra Radio Estación, trae los mejores programas.

Exija a los suplementeros **“El Diario Ilustrado”**

Oficina de avisos y suscripciones: MONEDA 1158

La Reforma del Banco de Francia Y la Encíclica "Quadragesimo Anno".

De la "Quincena Internacional" del número de 15 de Agosto próximo pasado, de la ILUSTRACION VATICANA, traducimos los siguientes comentarios:

En la sesión de 16 de Julio de la Cámara de Diputados francesa, pronunció un discurso el socialista Vicente Auriol, ministro de finanzas.

Justificando su proyecto de reforma del estatuto del Banco de Francia el ministro puso de relieve que el Consejo de Administración ha sido elegido hasta hoy por los doscientos mayores accionistas, entre los cuales se cuentan 63 sociedades industriales, 21 Compañías de Seguros, 13 agentes de cambio, 10 banqueros, grandes sociedades metalúrgicas, grandes almacenes, ferrocarriles y altas personalidades financieras, que en conjunto constituyen el verdadero gobierno económico oligárquico y hereditario de Francia.

Se trata de un dominio intolerable, exclama el Ministro, y mostrando con el índice un opúsculo que está sobre su banco, pronuncia las siguientes precisas palabras: "A propósito de semejante dominio la Encíclica "QUADRAGESIMO ANNO", que tengo aquí, dice cosas muy fuertes. (Aplausos y movimientos diversos en la sala. El Ministro lee): "Lo que saltá a los ojos es que en nuestro tiempo no sólo se acumulan las riquezas, sino que también se crean poderes enormes y una prepotencia económica despótica en manos de muy pocos. Y muchas veces estos no son ni siquiera los dueños de la riqueza, sino sólo los depositarios y administradores que gobiernan el capital a su voluntad y arbitrio...". (Aplausos).

Interrupciones del honorable Vallat.

(El ministro continúa leyendo):

"Este poder se convierte en un verdadero despotismo en aquellos que, dueños absolutos del dinero, gobiernan el crédito y lo distribuyen a su antojo; diríase que son los administradores de la sangre de que vive el organismo económico, y tienen en su mano, por decirlo así, el alma misma de la economía, en forma que nadie podría respirar contra su voluntad".

Y concluye Auriol:

“Si mi relación exigía una exposición de motivos, hela aquí plenamente hecha”.

Un miembro del Centro: “¡Viva el Papa!”.

El ministro de finanzas: “Espero que prolongaréis este viva hasta el momento de la votación!”.

No se trata de establecer aquí si las palabras de la encíclica podían ser plenamente aplicadas a la situación del Banco de Francia, y si podían ser invocadas, con o sin razón, para reformarlo.

Pero tiene interés subrayar que un socialista, para combatir desde los bancos del gobierno los excesos y errores del presente sistema económico, no encuentra nada mejor que las palabras del Pontífice romano cuya Iglesia solía ser descrita por los socialistas de ayer como la aliada de los explotadores y de la plutocracia.

Por otra parte, si Auriol hubiera leído un poco más adelante en la misma QUADRAGESIMO ANNO, habría encontrado también en las palabras pontificias una ayuda para señalar los remedios que deben proponerse. La Encíclica dice:

“Es imprescindible que la libre competencia, contenida dentro de límites razonables y justos, y sobre todo el poder económico, esten efectivamente sometidos a la autoridad pública en todo aquello que sea de la peculiar competencia de esta autoridad. Finalmente, las instituciones de los pueblos deben adaptar la sociedad entera a las exigencias del bien común, es decir a las reglas de la justicia social...”.

¿Qué más? El propio Pío XI afirma en la misma encíclica que habiendo abandonado el socialismo moderado gran parte del bagaje marxista, se ha acercado, por lo que atañe a ciertas reformas prácticas, al programa cristiano-social... “pudiéndose razonablemente sostener — escribe el Papa — poderes públicos, cuando esos bienes representan un poder que existen categorías de bienes que deben reservarse a los poderes públicos, cuando esos bienes representan un poder económico tal que no puede dejársele en manos de los particulares sin peligro del bien común”.

En consecuencia, el “viva el Papa” puede prolongarse más allá del escrutinio sobre la reforma del Banco de Francia!

Sin embargo, un poco más lejos la misma encíclica puede ser manejada como una arma poderosa por los enemigos del ministro.

Si el socialismo — declara el Papa — contiene algo de verdad, como todos los errores, se funda en una doctrina de la sociedad humana que es totalmente suya y está en desa-

uerdo con el cristianismo''. El sistema socialista se basa en el materialismo, y como sacrifica a las exigencias de la producción los bienes más altos del hombre, en especial la libertad, conduce a un régimen de constricción insoportable.

En Francia, los antisocialistas recurren con demasiada frecuencia, para combatir al socialismo, a argumentaciones de un carácter liberal económico insostenible. Ojalá que meditaran la encíclica y vieran si ese documento, aun estando en parte de acuerdo con los socialistas en el diagnóstico de los males sociales y en los remedios, no ofrece a los verdaderos liberales los argumentos más fuertes y eficaces contra el sistema socialista.

He aquí la parte de la QUADRAGESIMO ANNO que se recomienda a su meditación:

“...Es tanta la estima que (los socialistas) tienen de la posesión del mayor número posible de bienes con que satisfacer las comodidades de esta vida, que ante ella deben ceder y aun inmolarsé los bienes más elevados del hombre, sin exceptuar la libertad, en aras de una eficacísima producción de bienes. Piensan que la abundancia de bienes que ha de recibir cada uno en ese sistema, para emplearlo a su placer en las comodidades y necesidades de la vida, fácilmente compensa la disminución de la dignidad humana, a la cual se llega en el proceso socializado de la producción. Una sociedad, cual la ve el socialismo, por una parte no puede existir ni concebirse sin grande violencia, y por otra entroniza una falsa licencia, puesto que en ella no existe verdadera autoridad social: ésta, en efecto, no puede basarse en las ventajas materiales y temporales, sino que procede de Dios, Creador y último fin de todas las cosas”.

La lucha religiosa en Alemania

Sigue preocupando vivamente a los católicos alemanes la ofensiva anti-religiosa del elemento oficial.

En una Pastoral que fué leída en todas las Misas del Domingo en la Diócesis de Berlín, el Conde de Preysing, Obispo de Berlín, protesta enérgicamente contra la prensa nacionalista que, según expresión del Prelado, persigue determinados fines políticos transformando el proceso de Coblenza en un sensacional acontecimiento. El oído, el apetito de dañar y no la conciencia de una crónica imparcial guía la pluma de los corresponsales. Dice después la Carta Pastoral: “Desde hace algún tiempo podemos constatar que extensos círculos y numerosos órganos de la prensa buscan únicamente los escándalos, las debilidades humanas en la Iglesia, que

se escudriña con todos los medios posibles la historia y el presente para descubrirlos, que se trata de acumular sin escrúpulos, ni medidas, ni crítica, un monte de "escándalos" para despertar la atención de manera que la opinión pública diga: "Esta es la Iglesia de Cristo, así es la Iglesia Católica". Quien examina atentamente ciertos diarios y revistas en su contenido y en su táctica de ataque puede constatar que de todos los vientos y de todos los siglos se recogen verdaderos y fingidos escándalos, pependencias, defectos y faltas, pequeñeces sin importancia pero tendenciosa e intencionalmente aumentadas. La forma y manera de exponerlos van dirigidos a producir sensación y demuestran la intención de ridiculizar a los contrarios su propio proceder. Ilustraciones y caricaturas por demás recuerdan vivamente tiempos pasados. Contra estos medios y tal método de combate, hemos de oponernos vigorosamente en nombre de la verdad, de la justicia y del honor".

El texto de la Pastoral fué publicado en un número del Boletín Diocesano de Berlín pero la policía se encargó de confiscar en todo el territorio de la diócesis el Boletín Diocesano.

El Domingo de la Sma. Trinidad pronunció por su parte el Cardenal y Arzobispo de Munich Dr. Miguel Faulhaber un sermón al término de una imponente procesión de hombres en la gran iglesia de Nuestra Señora, catedral de Munich. En aquel estupendo y conmovedor discurso abordó el Cardenal los puntos más ardientes del problema alemán católico. Entre otras cosas rechazó con energía el principio del Reichsjugendfuehrer (Jefe de la juventud del reino) Baldur von Schirach: "La juventud puede ser dirigida únicamente por la juventud". "¿Cómo es posible que un dicho tan superficial pueda proferirse sin protesta alguna? Educación es dirección de la juventud; mas para dirigir la juventud, como para cualquiera otra dirección se presupone indispensablemente superioridad y autoridad. Lo que no está sazonado, maduro, solamente por lo maduro puede ser superado. La Fe con sus inamovibles verdades es una coraza contra la dictadura de tales principios".

Sobre la lucha contra las escuelas confesionales el Cardenal expresó: "Sé que vuestras almas, se afligirán al recordar la violencia con la cual en las últimas matrículas los padres fueron obligados hasta con la amenaza de privarlos del pan, a retirar sus hijos de las escuelas confesionales para mandarlos a las escuelas nacionales. Una nota oficial anuncia que en los meses próximos 600 profesoras religiosas han de abandonar las escuelas, y dentro de algún tiempo lo deberán hacer todas sin excepción".

Con todo acentuado y en alta voz exclamó el Cardenal: “¿Somos acaso los católicos gente sin derechos y privados de libertad? ¿Ha de carecer de todo valor la voluntad de los padres católicos respecto a la educación de sus hijos?”.

Contra los ocultos maquinadores de todo el malvado proceso difamatorio contra las Ordenes religiosas opuso el Cardenal las palabras del Salvador: “Quien de vosotros esté sin pecado arroje la primera piedra”. Y con intrépidas y elocuentes expresiones añadió: “La gente sencilla se pregunta, si en otras esferas de nuestro pueblo se encontrarán solamente gente modelo. “Los “procesos morales” han oprimido pesadamente el alma del pueblo católico, sobre todo de la juventud, y han producido un escándalo indescriptible. Sin embargo, el cristiano creyente sabe por el Evangelio que han de venir escándalos a fin de que la fe sea probada como el oro en el crisol”.

“Hay además otra palabra del Evangelio, aquella promesa, que el Espíritu Santo permanecerá junto a los discípulos de Paz hasta el fin del mundo. También en nuestros días el Espíritu Santo está entre nosotros, cuando la opresión amenaza rendirnos en la confesión y defensa de nuestra fe, cuando trata de arrebatarnos el valor, cuando la humana debilidad y la maldad arrastran por el fango la Iglesia y lo divino”.

«EL IMPARCIAL»

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

NOTA

BIBLIOGRAFICA

“VIE DE JESUS”, por François Mauriac. — Flammarion. 1936.

“De entre todos los historiadores, el exégeta es el más desconcertante. Si pertenece a la especie de aquellos que previamente niegan lo sobrenatural ni en Jesús discernen al Dios, estamos seguros de que nada comprenderá acerca del objeto de su estudio, y para nosotros, entonces, su ciencia no valdrá un ardite. En cambio, si es cristiano, demasiado a menudo —atrevámonos a decirlo— su fervor mismo hará temblar la mano del pintor y obscurecerá su mirada: el hombre llamado Jesús, cuyo retrato nos traza, corre riesgo de anonadarse en medio de las fulguraciones de la Segunda Persona Divina”.

No al azar ha comenzado Mauriac con tales palabras su “Vie de Jésus”, y tal vez encontremos en ellas el fundamento adecuado, la razón exacta, de la índole de esta obra. Mauriac es cristiano. Se hallaba, entonces, expuesto— tal era, de seguro, su temor— a supeditar en demasía la humanidad de Jesucristo a su naturaleza divina; quiso evitar el riesgo y tomó precauciones tantas... que los rayos de la Divinidad quedaron sofocados, no pudieron atravesar lo espeso de los colores humanos con que la poco espiritualizada paleta del autor construyó el cuadro.

Porque el libro deja un sentimiento extraño de desilusión, de disgusto, de malestar aún, al encontrarnos allí con un Jesús humanizado en exceso y sometido hasta tal punto a las pasiones, que da la impresión de haber El experimentado aún aquellos que repugnan a la plenitud de gracia con que su humanidad Santísima se vió adornada. Nos encontramos con que Jesús habla sin dulzura a su Madre, establece distancia entre ambos y le es como un extraño (pág. 21); se le ve pálido después de su combate con el demonio (pág. 37); jadeante, con el rostro furibundo y sudoroso, tras de haber expulsado a los mercaderes del templo (pág. 45) tembloroso de cólera (ibid); otra vez tembloroso después de que ha sanado al paralítico que le descolgaron por la abertura del techo (pág. 62); esforzándose en apagar dentro de sí los gritos que anuncian en El al Autor de la vida, a pesar de lo cual no puede reprimirse de exclamar que es el dueño del Sábado (pág. 68); hablando de Juan Bautista con más admiración que amor (pág. 87); dirigiendo la palabra con cansancio irritado a Felipe que le aconseja despedir a las turbas que le siguen desde hace varios días (pág. 111); presa de secreta inquietud (pág. 127); preguntando con exasperación por qué no se reconocían sus palabras (pág. 158-9); gesticulando con vehemencia (pág. 175); etc., etc. Expresiones son las citadas y otras aquí no aducidas que no se compadecen, o se compadecen mal, con la imagen que nos hemos formado del Objeto de muchos ideales y anhelos; que no guardan el respeto debido al Redentor que son algo difíciles de conciliar con las enseñanzas del Doctor Angélico acerca del modo y calidad de las pasiones a que estuvo sometido el Hijo del Hombre, y que resul-

tan afectadas, ramplonas, torpes, frente al modo de pensar y de expresarse profundo, tierno, sublime, que han empleado los Santos y los Teólogos acerca del Salvador.

Parece como que a Mauriac, decepcionado ante la pintura de Nuestro Señor que nos han legado los Evangelistas, lo hubiera juzgado deficiente y querido completarla. Sea lo que fuere, el hecho es que ha agregado rasgos de su propia cosecha a un cuadro que, al fin y al cabo, es obra del Espíritu Santo. El resultado, claro está, no se hizo esperar. ¡Que táctica tan diferente de la de Papini! Sin intentar poner sus manos en ella, el escritor italiano se ha plantado frente a la pintura; su genio la ha escudriñado, la ha penetrado y descubierto allí un conjunto riquísimo de ritmos, de colores, de armonías que muy pocos habían sospechado, sin haber agotado, por supuesto, su virtualidad infinita. ¿Que hay errores? ¡Sin duda que los hay! Pero son errores de visión, defectos provenientes de una pupila aún poco acostumbrada entonces a las irradiaciones de Lo Alto; no, como en Mauriac, desaciertos hijos de una petulancia poco en consonancia con su condición espiritual. Hay entre la obra de Papini y la de Mauriac toda la inmensa distancia que media entre el fruto lozano de un genio y la producción de un artista, refinado sin duda, pero de envergadura bastante modesta.

Y que a pesar de sus numerosas deficiencias, encierra una que otra joya de positivo valor. La escena de la Samaritana — venga esto a modo de ejemplo— es una pincelada maestra.

Hemos juzgado oportuno señalar, con insistencia tal vez excesiva, sus defectos ahora que una de nuestras editoriales va a lanzar la traducción castellana de esta obra. ¡Quiera Dios que el bien conseguido sea proporcionado a la difusión que ha obtenido la obra en sus países de origen!

Osvaldo Lira P. SS. CC.

“LA REALIDAD Y EL DESEO”, por Luis Cernuda.
Cruz y Raya. Madrid 1936.

Analizar a un poeta vivo es contemplar una flecha en el aire. De esta visión podremos expresar lo tenso de su vuelo, lo gracioso de su paso, la brisa levantada en su vagar, pero sin adivinar donde “temblando se clavará”; porque si conocemos el primer instante de su vida poética, se podrá conjeturar —y nada más que ello— el viaje futuro del espíritu.

El crítico es el astrónomo de una música de los cielos, caprichosa. Las estrellas errantes que ha de contemplar, salen, brillan con fulgores rojizos o lechosos, y desaparecen para retornar convertidas en otros mundos.

Contemplemos serena, escuetamente, el temblor de la obra de un poeta lírico: joven Luis Cernuda. Reservándonos ampliar en un trabajo más considerable estas notas ligeras, pensemos en el joven escritor.

Su primera obra — fuera de estar ceñida a las normas tradicionales de componer versos: sonetos, odas, décimas—se nos aparece como un vago ensueño. El poeta se sitúa en la corteza de su conciencia, desde la que oye ruidos subterráneos, misteriosos, sub-

yugantes. En ese primer fervor, ama la sencilla quietud de los cielos y frente a su ventana, sueña. Estos sueños de la imaginación —sueños hacia afuera— corresponden a su primera obra. El sueño del dormir no le dice aún palabra alguna al poeta:

“La almohada no abre
los espacios risueños;
dice sólo, voz triste,
que alientan allá lejos.

Las voces tristes que alientan en lo interior lo llaman. El poeta se arroja sobre su alma para escuchar la vida de su subconciencia; es como un ahogado que recorre sus dominios del mar, silencioso en su fondo, pero colmado de angustias. De esa sima nacen los filamentos tortuosos de los actos; las realidades se apegan a ese pecho de lodo y cristal; los deseos gritan en los sueños, las palabras calladas en las vigiliias. Tiembla el poeta. ¡Cuán lejos esos instantes de la ventana, quietos, de mano atenta al corazón y la frente! La paz se anhela, pero es vencida por este hechizo de la vida desnuda. Tristeza es lo que alienta bajo la capa abierta:

“Extender entonces la mano
es hallar una montaña que prohíbe,
un bosque impenetrable que niega,
un mar que traga adolescentes rebeldes.”

Tras tanto esperar y dolerse en vano, es justo que el poeta encuentre que la “muerte únicamente puede hacer resonar la melodía prometida.”

El poeta ha recorrido en su obra de doce años, desde la quietud ansiosa hasta el ansia de la quietud, de la música de la brisa a la melodía prohibida que alcanzará en la muerte; de la adolescencia hasta el deseo de morir. Este círculo de su obra en cuanto pensamiento, va unido a la limpieza y claridad difícil cada vez más lograda de su estilo.

La flecha que pasaba ha dejado una sombra en el campo. Si esta sombra es irregular y quebrada es que el campo es el defectuoso. La flecha atraviesa rauda, pura y clara, los cielos.

Roque Esteban Scarpa.

GUIA PROFESIONAL	
ALFREDO DEL VALLE V. Abogado Bandera 75, Of. 201 Teléfono 87231 Casilla 2847	JAIME EYZAGUIRRE JULIO CHANA Abogados Agustinas 1070, Of. 101, Stgo.
FRANCISCO J. BARROS Asuntos civiles, criminales y del trabajo Teatinos 535 — Teléf. 81826	Dr. ROBERTO BARAHONA Médico-Cirujano Moneda 1590 — Santiago

Mercadería garantizada, como:

Medias

Calcetines

Corbatas

Pañuelos

A PRECIOS CONVENIENTES, EN
LA REINA DE LAS MEDIAS

AHUMADA 360 — SANTIAGO

Casilla 2081 - Teléf. 88573

PIDA UD. LISTA DE PRECIOS.

SE MANDA CONTRA REEMBOLSO

LIBROS NUEVOS Y OTROS RECIEN RECIBIDO, DE ACTUALIDAD

URIBE, Armando.—Elementos de Pedagogía y Metodología de la enseñanza de la Religión	\$	3.50
BESSIERES.—Para reconstruir la sociedad	"	1.20
CIFUENTE, Antonio.—Evolución de la Economía Chilena desde la crisis hasta nuestros días	"	1.—
DRS. BARAHONA Y SOTOMAYOR.—El problema social de la tuberculosis en Chile	"	1.—
BAUMANN, Emile.—San Pablo	"	20.50
MARITAIN, Jacques.—Tres reformadores	"	24.80
JOLIVET, Dr. Regis.—La Filosofía cristiana y el Pensamiento contemporáneo	"	20.50
MARITAIN, Jacques.—Theonas	"	20.50
DESGRIPPES, Georges.—Etudes sur Pascal	"	28.80
DANIEL-ROPS.—La Misere et nous	"	17.30
NEVARES, Sisinio.—El Patrono ejemplar: una obra maestra de Acción Social	"	22.40
GILLET, M. S.—Paul Valery et la Metaphysique	"	22.90
M. RAFOLS.—Sensacionales revelaciones	"	1.—
DIAZ SALAS, Juan.—Bosquejo histórico del Partido Conservador	"	1.20

Haga siempre sus pedidos a

LIBRERIA Y EDITORIAL "SPLENDOR" de la S. C. C.

Delicias 1626 — SANTIAGO — Tel. 89145 — Cas. 3746

Talleres "Claret"
Avenida 10 de Julio 1140
SANTIAGO.

Precio \$ 2

